

La educación sexual de la primera infancia

Guía para madres, padres y profesorado de Educación Infantil



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE

SECRETARÍA GENERAL
DE EDUCACIÓN
Y FORMACIÓN PROFESIONAL

La educación sexual de la primera infancia

Guía para madres, padres y profesorado de Educación Infantil



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
CULTURA Y DEPORTE

SECRETARÍA GENERAL
DE EDUCACIÓN
Y FORMACIÓN PROFESIONAL

La educación sexual de la primera infancia.
Guía para madres, padres y profesorado de Educación Infantil

Autoras:
Graciela Hernández Morales
Concepción Jaramillo Guijarro

© 2003 Secretaría General de Educación y Formación Profesional
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
SECRETARÍA GENERAL DE EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PROFESIONAL

NIPO: 176-03-288-8
ISBN: 84-369-3771-6

Edición: Neturity
Maquetación: Jorge Mennella
Ilustración: Pelorroto y Espada

Depósito Legal: M-55064-2003
Impreso en España
Imprime: SAOR Artes gráficas

Se permite la reproducción de la presente obra siempre que lleve incorporado el *copyright*.

Índice

Presentación	7
Introducción	9
1. El sexo, la diferencia sexual y la sexualidad humana	13
El sexo y la sexualidad humana	
El sexo y la diferencia sexual	
La sexualidad infantil	
2. Mitos e ideas falsas sobre el sexo y la sexualidad	23
¿Hay una sola manera correcta de ser mujer y de ser hombre?	
¿El sentido de la sexualidad es la reproducción?	
¿El sexo y la sexualidad son pura biología?	
¿Las mujeres no tienen sexualidad propia?	
¿Los afectos y la sexualidad no van unidos?	
3. La educación de la sexualidad	33
Siempre se hace educación sexual	
Objetivos de la educación sexual	
¿Quién debe y puede hacer educación sexual?	
4. Ser como somos es el mejor punto de partida	43
No es necesario “hacer teatro”	
Entendernos y aceptarnos	
5. El vínculo y las relaciones con niños y niñas	51
Qué son los vínculos de apego	
El contacto físico	
Dar calidad a los vínculos y a las relaciones	

6. Ser niña; ser niño	69
La conciencia de ser niña o ser niño	
La diferencia: reconocer al otro sexo	
7. Reconocer y valorar el propio cuerpo	81
Tocar y sentir	
Autoexplorarse	
Nombrar	
Aprender cómo evolucionan los cuerpos	
Moverse y expresarse	
Cuidar la salud	
La coquetería	
8. Las relaciones con otros niños y niñas	99
Cultivar el sentido de la relación	
La amistad	
Los conflictos	
Los juegos amorosos	
9. Preguntas y respuestas	109
Sus curiosidades	
Los mensajes contradictorios	
10. Prevenir los riesgos	119
Qué es el abuso sexual	
Mensajes que ayudan a prevenir los abusos	
El alarmismo no previene los abusos	
Bibliografía	127

Presentación

Desde una perspectiva histórica la violencia doméstica constituye la expresión de un orden social basado en la desigualdad, generada por una asignación de roles diferentes a hombres y mujeres y a un reconocimiento y valoración social y económica más elevada de lo masculino, en relación con la esfera pública. Desde una perspectiva social es una manifestación de prepotencia y dominio sobre las mujeres y los menores, que lleva a algunos hombres, en un intento por preservar sus privilegios, a recurrir a la violencia física cuando no son capaces de convencer mediante la lógica y la razón. Hoy en día la violencia ejercida contra las mujeres en el entorno familiar constituye uno de los más graves problemas a los que se enfrenta la sociedad española.

Aunque este tipo de violencia ha existido siempre en los últimos años se ha producido una transformación simbólica que ha permitido hacer más patente que la violencia contra las mujeres es un hecho inaceptable. Los comportamientos violentos no pueden considerarse ya como pertenecientes al ámbito privado, no son tampoco un problema de las mujeres, sino para las mujeres. Constituyen, por ello, un auténtico asunto público, un problema de la cultura y de los valores que afecta al conjunto de la sociedad y que es necesario erradicar sin paliativos.

Con este fin se pusieron en funcionamiento un conjunto de medidas de intervención, encuadradas en el Plan Integral contra la violencia doméstica. En el marco de dicho plan el Centro de Investigación y Documentación Educativa ha recibido el encargo de elaborar estos materiales de educación afectivo sexual, que pretenden promover una educación basada en la igualdad y la no discriminación por razones de sexo que defiende nuestra Constitución, potenciando en el Sistema Educativo los valores de diálogo, respeto y tolerancia, para evitar que las futuras generaciones reproduzcan esquemas de comportamiento violento.

La socialización de niñas y niños juega un importante papel en la formación de las conductas y, dado que sus agentes son tanto el profesorado como los padres y madres, esta Guía está dirigida a ambos colectivos. Su objetivo principal consiste en poner de manifiesto la necesidad de respetar las diferencias, valorarlas y trabajar con ellas, evitando los prejuicios y los estereotipos.

La diferencia sexual es la primera que se da entre los seres humanos y está siempre presente, pero nunca debe servir para justificar la discriminación. Esas diferencias muestran lo que cada cual es: una historia que evoluciona y un cuerpo en continua transformación y los niños y niñas deben ser conscientes de esta realidad desde la primera infancia, sin interpretar esta diferencia de forma jerárquica. Debemos ayudarles a valorar por igual ambos sexos.

Esta Guía, a diferencia de otros manuales, no consiste en un repertorio de actividades a realizar en el aula y tampoco está dirigida a expertos en educación afectivo sexual, considerada como un componente más del currículo. Por el contrario, desde una concepción de la enseñanza y el aprendizaje basada en el desarrollo integral, enfoca la práctica educativa contando con la sexualidad y la diferencia sexual e integrando los aspectos corporales, afectivos, cognitivos y relacionales.

Se trata de que los niños y las niñas desde sus primeros años de vida lleguen a comprender que los conocimientos y los valores no son algo ajeno a la vida, sino que forman parte de ella y aprendan a erradicar la violencia como forma de resolver los conflictos entre las personas.

Esperemos que la Guía que ahora se presenta contribuya a lograrlo.

Centro de Investigación y Documentación Educativa

Introducción

Ésta es una guía destinada tanto a maestras y maestros como a madres y padres. No hemos hecho una separación entre escuela y familia porque entendemos que, aunque sean contextos educativos diferentes, las orientaciones para la educación afectivo-sexual no difieren sustancialmente, ya que los y las educadoras de ambas instituciones buscan el desarrollo sano y feliz de niñas y niños, y lo hacen estableciendo vínculos significativos y trascendentes con su alumnado.

Para hacer educación afectivo-sexual no hay que renunciar a la propia historia ni dejar de ser quien se es para convertirse en una persona “experta” en el tema. La competencia para poder hacer una buena educación afectivo-sexual, la encuentra quien educa en su propio interés y sus ganas de crear y sostener vínculos y relaciones de intercambio con las criaturas.

La guía busca ser un pretexto para que quienes la lean se paren a pensar sobre sus propias prácticas educativas. Cada uno de sus apartados aporta reflexiones, pistas, propuestas o ideas que pueden ayudar a afianzar o transformar esta práctica.

Centrar esta guía en la educación infantil es un modo de hacer explícito que la sexualidad acompaña al ser humano desde su nacimiento hasta su muerte y que, por tanto, niños y niñas son seres sexuados. Esto significa que es preciso orientarles en el desarrollo de su sexualidad, no sólo para su futuro, sino para que la vivan satisfactoriamente en su propio presente.

A lo largo de la historia, la crianza, el cuidado y la educación infantil han sido tareas desarrolladas fundamentalmente por mujeres, tanto en la casa como en las instituciones escolares. Esto es así aún hoy, aunque, en los últimos años, cada vez más hombres (padres y maestros) se han interesado por la relación con las y los pequeños y se han sumado con gusto a la tarea de educarlos.

Diversas prácticas desarrolladas históricamente por madres han enseñado que el afecto, el amor y la palabra hacen posible el desarrollo infantil; y que, en su ausencia, es difícil que éste se de. La atención de necesidades fisiológicas sin la mediación del vínculo, puede garantizar la supervivencia, pero no el desarrollo y el aprendizaje de capacidades humanas como el lenguaje, el pensamiento, la afectividad o la sociabilidad.

Estas prácticas han sido referentes para otros espacios educativos que trabajan con la primera infancia, como son las escuelas infantiles. No es casualidad, por tanto, que sea precisamente en la etapa de educación infantil, donde se tome más en serio la necesidad de educar de forma integral a cada niño o niña, sin escindir razón de cuerpo, ni afectividad de cognitividad.

Mucho de lo elaborado y desarrollado en esta etapa (tanto en casa como en la escuela) implica saberes útiles y necesarios, no sólo para la educación de la primera infancia, sino para cualquier nivel o contexto educativo. Como reconocimiento de este hecho, hemos realizado entrevistas abiertas a algunas madres y maestras para que nos den cuenta de lo que hacen y saben. Ellas, al relatar sus experiencias, han desgranado una enorme riqueza de conocimientos que no ha sido suficientemente estructurada ni valorada por el saber pedagógico. Estas aportaciones han sido esenciales para la elaboración de esta guía. Éstas son las mujeres entrevistadas:

Elena Fernández García

Licenciada en Pedagogía. Ha trabajado 5 años como educadora de menores protegidos y en los últimos años como profesora de servicios a la comunidad. Tiene un hijo de 19 meses.

Carmen García Marín

Diplomada en Magisterio (especializada en Educación Infantil y Primaria) y animadora infanto-juvenil; su trayectoria profesional ha estado centrada tanto en la educación formal como en la educación sociocultural con niños y niñas. Tiene una hija de 18 meses y otra de 5 años.

Teresa Gómez Manzaneque

Diplomada en Magisterio. Lleva 18 años trabajando en Educación Infantil.

Montserrat Grañeras Pastrana

Licenciada en Psicología. Trabajó 7 años como maestra y es asesora técnica del Ministerio de Educación. Tiene una niña de 4 años y otra que nacerá cuando se esté editando esta publicación.

María Ángeles Hernández Lebrusán

Licenciada en Geografía e Historia. Es agente de igualdad del Ayuntamiento de Madrid. Es madre de una niña de 6 años.

Blanca Jiménez Redondo

Licenciada en Pedagogía, diplomada en magisterio y tiene el título de Logopeda. Ha trabajado en las diferentes etapas de la enseñanza, aunque ha centrado su trabajo fundamentalmente en escuelas infantiles. Tiene un hijo de 19 años.

María Jesús Lange Fernández

Diplomada en Magisterio (especialidad en Educación Infantil). Lleva 26 años trabajando en escuelas infantiles. Tiene una hija de 19 años y otra de 16 años.

Charo Martínez Pomar

Licenciada en Sociología, su trayectoria profesional ha estado centrada en la promoción de la salud y derechos de las mujeres. Es madre de un niño de 13 meses.

Amparo Martínez Ten

Diplomada en magisterio (especialidad en Educación Primaria), su trayectoria profesional ha estado centrada en la promoción del ocio y los derechos de niños y niñas.

Esperanza Serrano Calvo

Diplomada en Magisterio (especialidad en Educación Infantil). Lleva 29 años en la enseñanza, de los cuales 15 han estado dedicados a la educación infantil.

Vicenta Sánchez Cruz

Estudiante de Psicología, trabajó como educadora durante 15 años en una escuela infantil. Tiene un hijo de 18 años.

Todas destacan que cada niña y cada niño son únicos y singulares, de modo que lo que va bien para una criatura no va bien necesariamente para otra y, por ello, es preciso buscar la comprensión de lo que vive y siente cada una en particular para poder ayudarla a crecer y a expresar su sexualidad del mejor modo posible.

Del mismo modo, cada madre o padre, cada maestra o maestro, son también únicos y singulares, y esto hace que no todos los caminos sean igualmente válidos para todos y todas. Cada cual tendrá que buscar aquel que mejor se ajuste a sus formas de ser, a sus deseos y necesidades, a sus sentimientos y emociones, a su historia y a su desarrollo.

El sexo, la diferencia sexual y la sexualidad humana



1

- 
- **El sexo y la sexualidad humana**
 - **El sexo y la diferencia sexual**
 - **La sexualidad infantil**

Refiriéndonos a sexo y sexualidad, con frecuencia confundimos algunos términos, lo que dificulta el entendimiento y la comprensión de la sexualidad humana. Por ejemplo, es común hablar de sexo, cuando en realidad se quiere hablar de sexualidad. O hablar de diferencia sexual, cuando en realidad se quiere hablar de sexismo o desigualdad.



El sexo y la sexualidad humana

1

Todas las personas son sexuadas, es decir, tienen un cuerpo sexuado en femenino o en masculino que les permite pensar, entender, expresar, comunicar, disfrutar, sentir y hacer sentir. El cuerpo sexuado es, por tanto, el lugar donde la sexualidad reside y se hace posible.

La sexualidad está íntimamente relacionada con el placer, la comunicación y el intercambio afectivo. Es algo que, según la Organización Mundial de la Salud, “nos motiva a buscar afecto, placer, ternura e intimidad”.

El sexo (el cuerpo sexuado) y la sexualidad van unidos; y no son sólo aspectos importantes de la vida humana, sino que la constituyen desde que nacemos hasta que morimos. La sexualidad es, por tanto, algo más que una dimensión de la persona; forma parte de lo esencial del ser humano: es algo que somos. De ahí que favorecer el desarrollo sano y placentero de la sexualidad sea favorecer el desarrollo integral de una persona.

El sexo y la diferencia sexual

El sexo es la primera información que solemos tener sobre una criatura; es algo que nos viene dado (se nace siendo niño o niña) y que nos acompaña a lo largo de toda la vida. La palabra sexo hace referencia, por tanto, a la existencia de cuerpos sexuados en masculino y cuerpos sexuados en femenino.

El hecho de vivir en un cuerpo de hombre o en un cuerpo de mujer puede implicar experiencias variadas y diversas y puede tener diferentes interpretaciones. Éstas variarán en función de la cultura, el contexto y la singularidad de cada persona.

La diferencia sexual hace referencia al sentido y el significado que cada cual le da al hecho de nacer siendo de un sexo o de otro. Vivir este hecho con interpretaciones impuestas o bien como si el propio cuerpo no tuviera ninguna significación hace casi imposible vivir a gusto en la propia piel. Esto es así porque dar un sentido libre y singular al sexo que se tiene es una necesidad existencial: es poder realizar deseos propios y originales sin caricaturizar ni renunciar a aquello que se es (un hombre o una mujer).

La diferencia sexual, al contrario que el sexismo, no es un conjunto de características establecidas acerca de cómo son o deben ser los hombres y las mujeres y el papel que deben jugar en la sociedad.

Dar un sentido y significado al propio sexo no es algo que se haga de una vez para siempre, ni en un momento o momentos determinados de la vida, sino que se va haciendo desde el nacimiento, a medida que un niño o una niña crecen y viven su vida.

La manera en que cada cual desde su nacimiento va dando significados a su sexo será más libre en la medida en que comprenda que hay multitud de formas de ser niña y de ser niño (tantas como niñas y niños existen) y no una sola; que el sexo es algo que nos viene dado y que es para siempre; que un sexo no tiene más valor que el otro; que la diferencia sexual no es motivo de inquietud y mucho menos de discriminación.

La sexualidad infantil

En la infancia, los órganos sexuales están poco desarrollados, la cantidad de hormonas sexuales en sangre es muy pequeña y las sensaciones de placer no han adquirido aún significados específicos. En los dos primeros años de vida, el desarrollo corporal y sensitivo de una criatura es extraordinario, de tal manera que, si no tiene deficiencias o problemas de salud, al finalizar este periodo, las y los bebés ya disponen de todo lo necesario para controlar la vista, el oído, el gusto, los sentimientos, el acto de caminar, el equilibrio, el habla, la memoria, el pensamiento y la destreza de movimiento.

La sexualidad infantil existe, aunque en diversos contextos y momentos históricos se haya dicho que no. Se desarrolla y expresa fundamentalmente a través de la curiosidad (observación, manipulación, autodescubrimientos, fisgoneo o preguntas) y el juego (exploración, imitación e identificación).

El sentido y los significados que niñas y niños dan a sus descubrimientos y juegos sexuales poco tienen que ver con los dados por las personas adultas. Sus actividades sexuales se basan en motivos diferentes. Por ello, es importante no interpretar las expresiones de su sexualidad desde nuestra óptica y nuestra experiencia de personas adultas y atribuirles significados que no tienen.


Son múltiples y de gran trascendencia las cuestiones referidas a la sexualidad que están presentes desde el nacimiento y en la primera infancia. Éstas son algunas de ellas:

- El descubrimiento del propio cuerpo y la experimentación de sensaciones a través de la autoexploración y de los contactos (caricias, besos, abrazos...) con otros cuerpos.
- Las relaciones y los vínculos afectivos con las figuras de apego y los sentimientos hacia ellas.
- La conciencia del propio sexo y de la existencia del otro y de las diferencias entre ambos.
- Las primeras nociones sobre los estereotipos y características asociadas a lo femenino y a lo masculino.
- La curiosidad por el cuerpo adulto (masculino y femenino) y por el de otros niños y niñas.
- El interés por el propio origen, la reproducción y las relaciones sexuales y amorosas entre personas adultas.

Mitos e ideas falsas sobre el sexo y la sexualidad



2

- 
- **¿Hay una sola manera correcta de ser mujer y de ser hombre?**
 - **¿El sentido de la sexualidad es la reproducción?**
 - **¿El sexo y la sexualidad son pura biología?**
 - **¿Las mujeres no tienen sexualidad propia?**
 - **¿Los afectos y la sexualidad no van unidos?**

Existen algunos mitos e ideas que, aun siendo falsos, han circulado con fuerza en nuestra cultura. Se trata de nociones abstractas que no se corresponden con la realidad y, por ello, cuando han estado muy presentes, han dificultado la comprensión del hecho sexual humano en toda su complejidad. Son ideas que han supuesto restricciones a la expresión libre y no violenta de la sexualidad y, por este motivo, han dado lugar a mucho sufrimiento.



¿Hay una sola manera correcta de ser mujer y de ser hombre?

2

A partir del sexo, las sociedades patriarcales han construido la teoría de los géneros, que consiste en una serie de características que definen lo masculino y lo femenino. Han dicho que los hombres son “hombres de verdad” cuando son capaces de hacer uso de la fuerza física, el control, el poder y el dinero; y que las mujeres son “mujeres de verdad” cuando son capaces de sostener las necesidades afectivas, sexuales y fisiológicas masculinas. La teoría de los géneros, además de dictaminar un rol diferenciado para unas y para otros, ha considerado que el sexo masculino tiene más valor e importancia que el femenino.

Las prácticas de algunas mujeres singulares a lo largo de la historia y, especialmente, los grandes cambios que se han producido en las vidas de las mujeres durante el último siglo, han permitido desmontar este esquema; han hecho visible que el sexo no predetermina una forma de ser, y que siempre ha habido mujeres y hombres que han podido o sabido situarse más allá de las imposiciones de género y que han vivido, de este modo, experiencias de libertad.

Todo ello ha contribuido a nombrar las experiencias y aportaciones femeninas que han estado ocultas e infravaloradas históricamente, es decir, ha permitido reconocer que ambos sexos (y no sólo el masculino) han aportado a la cultura y a la humanidad experiencias y saberes de gran trascendencia e importancia.



¿El sentido de la sexualidad es la reproducción?

Una parte de nuestra tradición cultural ha entendido que la sexualidad tiene como único fin la reproducción de la especie, y que ésta sólo tiene sentido dentro del matrimonio, que, a su vez, tiene como principal finalidad traer hijos e hijas al mundo. Dentro de esta perspectiva se considera también que lo correcto y natural son las relaciones heterosexuales.

Esta concepción de la sexualidad hace entrever que la sexualidad está centrada en las prácticas coitales y que, por tanto, la sexualidad infantil no existe. Es más, hace pensar que es necesario proteger a las criaturas de la sexualidad para no pervertir ni ensuciar la infancia.

Pero hoy se sabe que esto no es así, que se dan y siempre se han dado muchas manifestaciones sexuales que nada tienen que ver con el deseo de reproducción; expresiones que también suponen experiencias positivas y gratificantes y que van cambiando de formas y significados a medida que una persona va cumpliendo años.

¿El sexo y la sexualidad son pura biología?

Para llegar a la conclusión de que la sexualidad tiene como fin único la reproducción de la especie, se ha considerado que la sexualidad se circunscribe al ámbito de lo puramente biológico (de la parte animal que tiene el ser humano); entendiendo, además, que la sexualidad en el mundo animal tiene sentido sólo para la reproducción (y hoy sabemos que ni siquiera esto es del todo cierto).

Una parte de la sexología ha tratado de superar las limitaciones de este pensamiento haciendo una distinción entre sexo y sexualidad. Según esta distinción, el sexo es sólo biología y, a partir de él se construye culturalmente la sexualidad, la cual, por ello, es lo realmente constitutivo del ser humano.

Todo ello ha permitido reconocer que la sexualidad va más allá de la biología y de la reproducción porque también es placer, sentimientos, comunicación y afectividad. Sin embargo, esta distinción ha tratado de establecer una separación entre sexo y sexualidad, separando así la biología de la cultura o despojando de significados culturales, tanto la reproducción humana, como la vivencia del propio cuerpo sexuado.

Las dicotomías sexo/sexualidad, cultura/biología han hecho considerar que el sexo y el cuerpo no forman un todo con la palabra y el pensamiento. Sin embargo, en la realidad concreta de todo ser humano, la experiencia y el pensamiento se dan en conjunción con el cuerpo sexuado, el cual no es sólo la base sobre la que se construye la sexualidad, sino el lugar donde ésta reside y se desarrolla.

¿Las mujeres no tienen sexualidad propia?

Este conjunto de ideas y mitos ha hecho que la sexualidad se haya interpretado de forma androcéntrica a lo largo de nuestra historia. El androcentrismo es una forma de interpretar la realidad que confunde la parte con el todo, dando a entender que lo que hacen y dicen los hombres es asexuado o neutro (sin relación directa con la experiencia de ser hombre) y representativo del conjunto de la experiencia humana, tanto de hombres como de mujeres. Así, una determinada concepción de la sexualidad masculina, la que la reduce a genitalidad y a prácticas coitales, ha sido considerada como referente en gran parte de los acercamientos y análisis sobre la sexualidad humana.

Fruto de esta perspectiva androcéntrica, el cuerpo y la sexualidad femeninos han sido tratados no como una entidad propia, sino en función de la reproducción de la especie y del placer masculino. Y las expresiones de sexualidad masculinas que se salen de este patrón han sido interpretadas como desviadas o poco viriles.

Frente a esto, y en nuestra historia más reciente, las mujeres han buscado el modo de ser más libres. Los cambios que han llevado a cabo en sus vidas han transformado las relaciones de y entre los sexos, y han hecho posible mostrar formas de subjetividad femenina en las que la sexualidad está al servicio de sus deseos y de sus necesidades de relación, comunicación y placer y no al servicio de la sexualidad masculina ni de estereotipos y roles asignados.

Asimismo, estos cambios han creado las condiciones para que fuera más fácil hacer visibles y crear otras formas de expresión sexual masculinas que sí tienen en cuenta el intercambio afectivo, la comunicación y los deseos del otro o la otra.

¿Los afectos y la sexualidad no van unidos?

En materia de relaciones sexuales, una parte de la sexología ha tendido a potenciar la dicotomía sexo/amor, poniendo del lado del sexo el placer y el cuerpo y del lado del amor los sentimientos y la relación, considerando así que el intercambio sexual puede darse sin vínculos.

Sin embargo, cuando se deja de lado la relación, los intercambios suelen convertirse en instrumentalización, uso y abuso de otras personas. La comercialización del sexo es un buen ejemplo de ello. Cuando se habla de relaciones sexuales en estos términos, sería más adecuado utilizar la palabra contactos en lugar de relaciones.

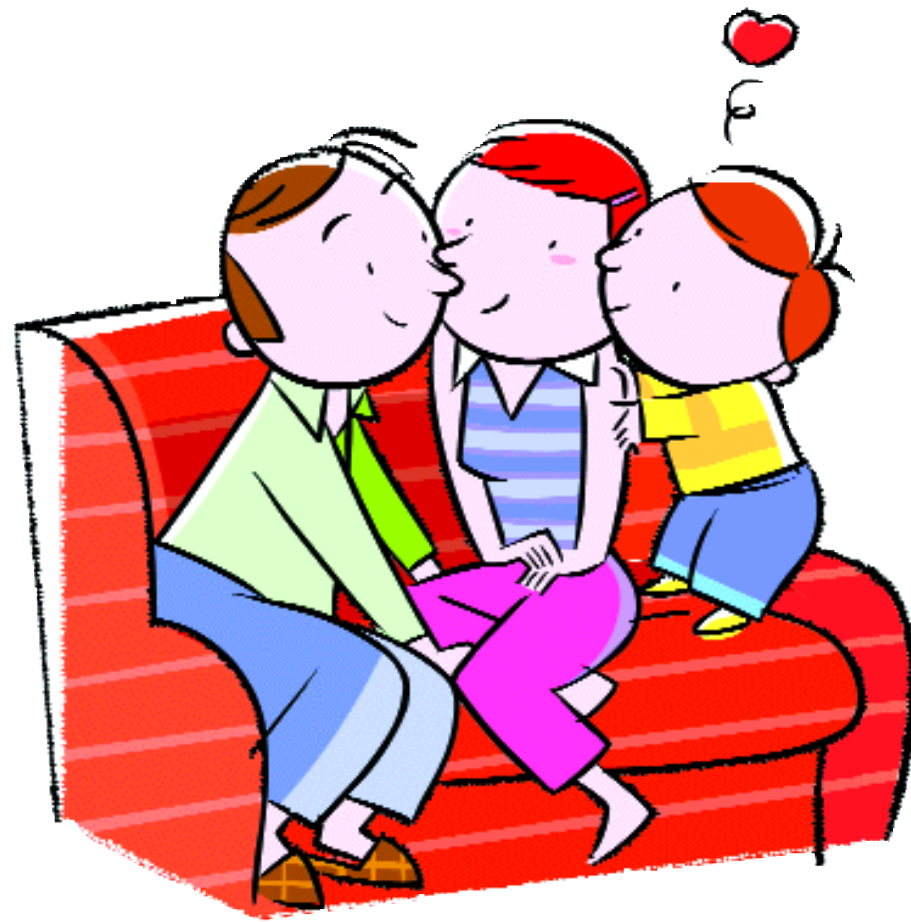
Esta visión reduccionista de la sexualidad se hace evidente cuando la educación sexual se limita a las cuestiones anatómicas o fisiológicas o a la prevención de riesgos para la salud y desvincula la sexualidad de los aspectos relacionales, de la afectividad, los deseos y los sentimientos.

Desde esta perspectiva, las expectativas y deseos de las niñas y adolescentes, a menudo preocupadas por las relaciones, por las emociones y el amor, no se toman en serio o se ridiculizan, tratándolas como expresión de ñoñería o inmadurez.

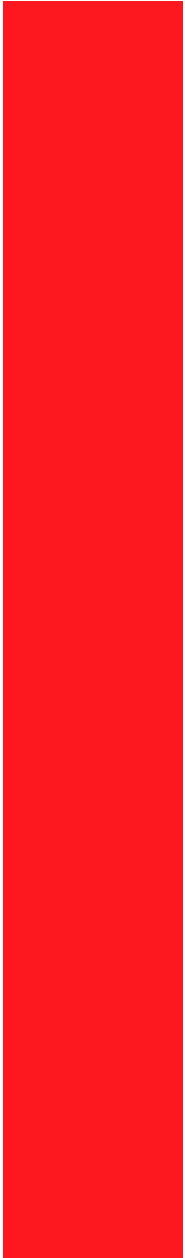
Pero, hoy sabemos que todas las personas y, por tanto, también las niñas y los niños, se desarrollan como seres sexuados, crean y expresan su sexualidad de manera subjetiva y singular a través de las relaciones y los vínculos que establecen. Y que las relaciones, cuando están basadas en la escucha, empatía y reconocimiento mutuo, permiten realizar intercambios de todo tipo: sentimientos, opiniones, conocimientos, afectos... de modo que ambas personas sean sujetos del intercambio y no objetos a intercambiar.

Tomar conciencia de las limitaciones de esta dicotomía ha afectado a la educación sexual, la cual es hoy planteada de un modo más integral. Por ejemplo, se ha acuñado el término educación afectivo/sexual, incluyendo la expresión y el intercambio de sentimientos y afectos como parte esencial de la sexualidad.

La educación de la sexualidad



3

- 
- **Siempre se hace educación sexual**
 - **Objetivos de la educación sexual**
 - **¿Quién debe y puede hacer educación sexual?**

Si se acepta que la sexualidad es algo que somos y que nos constituye como seres humanos, entonces es fácil aceptar que la educación sexual es fundamental y básica para el desarrollo de una niña o un niño.



Siempre se hace educación sexual

Cualquier persona adulta que se relacione con una niña o un niño está educando la afectividad y la sexualidad, quiera o no quiera. Se hace educación sexual con las palabras que se dicen y que no se dicen, con los gestos, abrazos, caricias o muestras de afecto que se dan y que no se dan...; y todo ello son elementos que siempre están presentes en las relaciones que establecemos con las criaturas desde que nacen.

Asimismo, las personas adultas educamos con la actitud hacia nuestra propia sexualidad. Por ejemplo, con la forma en que vivimos nuestro cuerpo sexuado, o la forma en la que expresamos nuestra sexualidad en público. Pero también educamos con nuestras actitudes y con nuestras formas de sentir, pensar y actuar ante las expresiones de la sexualidad infantil.

Las criaturas son como esponjas, atienden a todo lo que ven y oyen; perciben los sentimientos y pensamientos más allá de las palabras. Por ejemplo, un niño sentirá el beso de una maestra o sus palabras de aprecio, pero sobre todo las ganas o desganadas con que ese beso ha sido dado o esas palabras han sido dichas.

Los niños y las niñas, por tanto, siempre aprenden hechos, actitudes y conductas sexuales de las personas adultas que les educan, tengan éstas o no conciencia de ello; incluso cuando lo que predomina es el silencio o el hermetismo, ya que no hablar de estas cuestiones es ya un modo de comunicar mensajes.

No hay que olvidar que la gran mayoría de los aprendizajes infantiles se dan por imitación, y esto es válido también para el aprendizaje sobre cómo son y deben ser las relaciones. Los modelos que ven, perciben e intuyen tienen, por tanto, mucha trascendencia.

Tomar conciencia de estos hechos es el primer paso para empezar a hacer positivo este aprendizaje, y ayudar a que los mensajes insanos, represivos o negativos no formen parte del pensamiento infantil.



Objetivos de la educación sexual

La educación de la sexualidad comprende el desarrollo de las niñas y los niños como seres sexuados de una forma sana, libre, feliz y responsable. Esta finalidad se traduce en los siguientes objetivos:

- Conocer, aceptar y cuidar el propio cuerpo sexuado.
- Dar un sentido y un significado propio y singular al cuerpo sexuado.
- Reconocer y valorar la diferencia sexual.
- Vivir y expresar la sexualidad en relación, es decir, teniendo en cuenta al otro o a la otra.

¿Quién debe y puede hacer educación sexual?

Aunque todas las personas adultas que se relacionan con niños y niñas hacen, de un modo u otro, educación sexual, es común la reflexión sobre qué personas son las que están realmente autorizadas para hacerlo; y también cuáles son la preparación y los conocimientos necesarios.

¿Familia o escuela?

Tradicionalmente se ha creído que la familia es el único lugar realmente autorizado para hacer educación sexual. Se ha afirmado además que no todas las familias están preparadas para ello, ya que aquellas que se desvían de la norma imperante pueden dañar la sensibilidad y el desarrollo del niño o de la niña.

Sin embargo, hoy en día, el concepto de familia ha variado mucho confluendo en él muchos tipos de convivencia: familias sólo con padre o sólo con madre, familias que tienen a sus abuelos y abuelas compartiendo la casa, familias constituidas por parejas homosexuales y otras por parejas heterosexuales, etc. Y en todas se pueden hacer educación sexual de calidad, porque en todas se puede crear vínculos afectivos sólidos y sanos que ayuden a las criaturas a crecer con seguridad y confianza.

Asimismo, la información y la educación sexual han pasado de ser una tarea considerada propia del ámbito privado de la familia y del entorno más íntimo, a formar parte también de la vida social, cultural, política y educativa. De tal modo que, hoy en día, se acepta y se considera necesario que la escuela también juegue un papel importante en esta tarea.

De hecho, si consideramos que cada niña y cada niño es un ser sexuado, entenderemos que no se puede quitar la sexualidad al entrar en la escuela y ponerse la al volver a casa, o viceversa. Entenderemos que la sexualidad les acompaña allí donde estén y, por ello, tanto el profesorado como las familias, así como todas aquellas personas adultas que establecen vínculos de algún tipo con niños y niñas, son referentes de gran importancia para su desarrollo sexual y afectivo.

La educación sexual en la escuela y en la familia

Los niños y las niñas establecen sus primeros vínculos en la familia, y suelen recibir de su madre y/o padre una dedicación e implicación muy profunda que difícilmente se vuelve a dar en otros lugares. En el contexto familiar suele ser más fácil la atención a la singularidad de cada una y cada uno.

Los cambios producidos con la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral ha dado lugar a una escolarización más temprana, de modo que la escuela suele compartir con la familia los primeros años de su socialización. Se podría decir que, de algún modo, las escuelas infantiles ensanchan el marco familiar y significan hoy en día el lugar por excelencia donde niños y niñas aprenden a socializarse.

Las maestras y maestros cuentan generalmente con más conocimientos teóricos y técnicos relacionados con la educación que las madres y los padres. Son conocimientos que ayudan, pero que carecen de sentido si no se ponen todos los sentidos en la tarea, si el goce no forma parte del intercambio afectivo con los niños y las niñas.

La escucha, la creatividad y la apertura son los elementos que permiten saber qué estrategia es la más adecuada para cada momento y para cada criatura. Sin embargo, cuando la relación se basa fundamentalmente en los manuales o en las grandes teorías, la relación corre el riesgo de convertirse en una técnica, perdiendo su frescura y potencial creativo.

Crear un ambiente afectivo es la base para cualquier tipo de aprendizaje, sea éste realizado en casa o en la escuela. Lo que supone, además, la creación de referentes significativos para el aprendizaje de la expresión de los sentimientos y el intercambio de afectos.

En definitiva, aunque ser madre (o padre) y maestra (o maestro) no es lo mismo, ya que suponen implicaciones y contextos diferentes, los elementos básicos y necesarios para educar la sexualidad de niños y niñas no difieren de un modo claro y preciso entre la escuela y la familia, porque lo que realmente importa es la calidad de la relación que establezcamos en ambos casos.

Colaboración entre familias y escuela

Si aceptamos que la educación sexual es responsabilidad tanto de las familias como de las escuelas, se hace evidente la necesidad de intercambio entre quienes educan en los dos ámbitos, lo que conlleva intentar superar barreras y dificultades que pueden limitar esta comunicación.

Para algunas familias, no es fácil aceptar que en la escuela se trabaje la sexualidad con sus hijos e hijas. Asimismo, para algunas madres y/o padres, hablar de lo que viven sus hijas e hijos en casa no siempre supone una tarea fácil, ya que muchos de sus comportamientos y sufrimientos tienen que ver con determinados acontecimientos familiares. Les cuesta ahondar en todo ello, entre otras cosas, porque temen la culpabilización, los posibles reproches o la falta de comprensión por parte del profesorado.

Por otra parte, algunos maestros y maestras no terminan de tener claro que la educación sexual sea realmente una función que les corresponde. Quienes sí lo tienen claro, sienten cierto temor a que las familias interpreten este trabajo o cualquier manifestación de afecto hacia sus hijos o hijas como abuso o perversión.

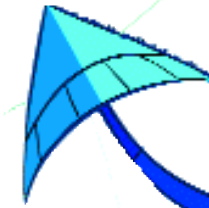
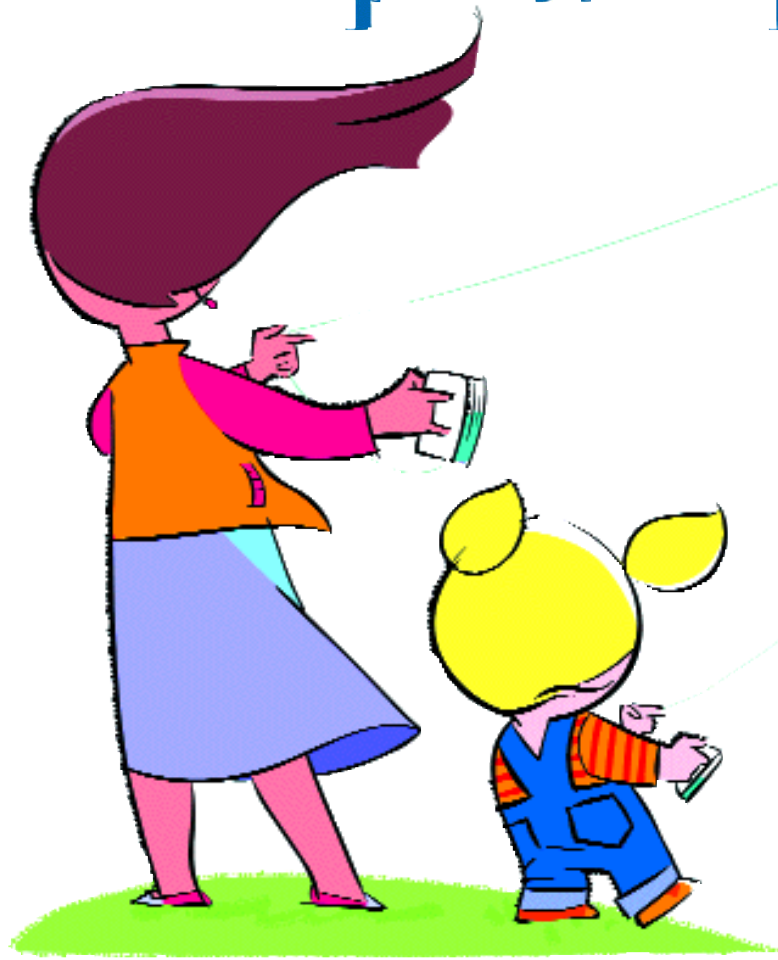
Por todo ello, para que ambas instituciones colaboren entre sí, hace falta crear relaciones de confianza en las que sea posible decir la verdad, nombrar y ahondar en estas dificultades sin negarlas ni esconderlas, y encontrar los modos de colaborar que tengan en cuenta los miedos, necesidades y deseos de todos y todas.

Hay actitudes que ayudan a entender nuestras propias dificultades y las del otro o la otra, y a abrir un proceso de comunicación que parta de la confianza y el respeto mutuo. Estas son algunas de ellas:


- La *honestidad* para contar aquello que se hace y lo que no se hace en la práctica educativa que cada cual desarrolla. Lo que implica preguntarse:
 - ¿estoy en disposición de contar la verdad sobre mis formas de sentir y hacer educación, o temo los riesgos que van implícitos cuando hablo en primera persona?
- La *humildad* para aceptar las dificultades y miedos (tanto propios como ajenos). Lo que implica preguntarse:
 - ¿estoy en disposición de escuchar los miedos y dificultades ajenos sin enjuiciarlos?;
 - ¿soy capaz de expresar mis miedos y dificultades sin sentir que con ello estoy mostrándome “poco” profesional?;
 - ¿soy capaz de expresar mis miedos y dificultades sin sentir que con ello soy una “mala madre” o un “mal padre”?
- La *apertura* que permite reconocer que un maestro o una maestra puede aprender de una madre o un padre, y viceversa. Lo que implica preguntarse:
 - ¿estoy en disposición de dejarme dar y de aprender de las experiencias de otras personas que no forman parte de mi familia?;
 - ¿estoy en disposición de dejarme dar y de aprender de las experiencias de otras personas que no son profesionales de la enseñanza?
- Las *ganas de facilitar el trabajo* de todos y todas poniendo sobre la mesa aquella información y herramientas que se conocen y se consideran útiles. Lo que implica preguntarse:
 - ¿siento que al dar este tipo de información estoy abriendo un camino para intercambiar saberes o, por el contrario, siento que estoy exponiéndome demasiado?

En las relaciones entre la familia y la escuela, lo importante es que cada cual (sea padre, madre, maestro o maestra) procure entender en cada situación concreta qué es lo que dificulta el desarrollo de estas actitudes, sobre todo aquello que tiene que ver con uno mismo o una misma. No se trata de buscar culpables, ni de obligarnos a hacer aquello que no nos sale, sino de entender para buscar los modos realmente posibles de transformar aquello que no funciona o funciona mal.

**Ser como somos
es el mejor
punto de partida**



4

- 
- **No es necesario “hacer teatro”**
 - **Entendernos y aceptarnos**

Es frecuente pensar que para educar a niñas y a niños en el desarrollo libre, sano y gratificante de su sexualidad es necesario actuar y ser de una manera concreta y no de otras. Sin embargo, cambiar nuestras sensaciones y formas de pensar para plegarnos a determinados patrones de conducta no es una tarea fácil y ni siquiera positiva, ya que implica renunciar a lo que somos y a la riqueza que existe en lo que cada cual es.



No es necesario “hacer teatro”

Toda persona adulta ha tenido una historia llena de vivencias y experiencias que han ido configurando sus actitudes, sus modos de pensar, sentir y actuar en relación a su sexo y a la sexualidad. Estas actitudes no son inamovibles y están en continua transformación.

Es frecuente que madres y padres, maestros y maestras, con el afán de darles la oportunidad de tener una vivencia de la sexualidad más libre que la propia, “hagan teatro”, se vean interpretando un papel que no se corresponde con lo que realmente sienten y son.

Así, por ejemplo, una madre a la que no le gusta conducir puede sentirse forzada a hacerlo tan bien y con la misma frecuencia que su marido restando importancia al hecho de que ya es significativo que siendo una mujer pueda conducir cuando quiera, mientras su madre o su abuela nunca lo han hecho. En el caso de un maestro, puede, por ejemplo, empeñarse en demostrar que sabe saltar a la comba, aunque ni le guste ni sepa hacerlo, cuando en realidad lo importante no es que lo haga muy bien sino mostrar interés por el juego y por aprender de las niñas.

Otras veces, para dar ejemplos de masculinidad y feminidad no estereotipados, educadores y educadoras tratan de representar papeles “alternativos” a los roles sexistas tradicionales, no mostrando así sus propias limitaciones o sus logros personales en este terreno.

“Hacer teatro” implica un gran esfuerzo que quita frescura y espontaneidad a la relación con cada niño y cada niña, y que, por lo mismo, resulta cansado. Además, se trata de un esfuerzo que no garantiza que las contradicciones y los miedos no aparezcan.

Cuando se pone el acento en lo que se debe o no se debe hacer, dejando en un segundo plano lo que somos, puede ocurrir incluso que un hombre o una mujer escondan sus propios avances por miedo a que repercutan negativamente en las criaturas. Puede ocurrir, por ejemplo, que

un padre deje de mostrarse muy cariñoso con sus amigos por miedo a que su hijo piense que “no es un hombre de verdad”, o una madre deje de salir con sus amigas por miedo a que su hija piense que “no es una buena madre”.

El mejor punto de partida es reconocer los propios deseos, saberes, avances, dificultades, miedos, pudores, etc. y empezar a aceptarlos. Sólo desde ahí es posible decir la verdad y buscar los modos de hacer educación afectivo-sexual sintiéndose bien.

Ello implica no renunciar a la propia historia, aceptar los propios límites y necesidades (tanto de recursos, como de información o de apoyo), valorar las propias conquistas y avances en relación a lo que fue nuestra propia infancia, y reconocer que es un avance histórico querer hacer una educación sexual más sana y libre que la recibida.

Tomemos como ejemplo a una madre que piensa que es bueno dejar que su hija se auto-explora sus genitales. No censurará a la niña, incluso estará dispuesta a hablar de ello, pero es probable que no pueda evitar sentirse extraña ante esta práctica, y la hija, de un modo u otro, notará dicha inquietud. En relación a lo que ha sido su propia educación, en la que la autoexploración estaba prohibida, esta mujer ha dado un gran paso.

Sin embargo, el sentimiento de inquietud es algo que está ahí, si es tomado con cariño y aceptación probablemente dejará de implicar culpa o ansiedad, y será más fácil entenderlo y, a veces, incluso minimizarlo. La inquietud puede implicar un problema, pero si además se siente la obligación de dejar de sentir esa inquietud, entonces el problema es doble.

Cuando las personas mayores se muestran tal como son ante sus hijos o hijas, alumnos o alumnas, les están transmitiendo que ellas y ellos también pueden ser y expresarse como son, que aceptan su curiosidad, sus preguntas y sus demandas. Y, además, que la forma de canalizar estas demandas no es única. Cada una y cada uno ha de ir encontrando su propia manera a medida que las demandas se vayan produciendo. Por ejemplo, si una madre o un padre tienen pudor de mostrarse desnudos ante sus hijos o hijas, es interesante que lo reconozcan en lugar de fingir que les da igual, explicando que también hay otras personas a las que no les importan y ninguna de las situaciones es un problema.

La calidad de la relación es más importante que los mensajes que se dan o se dejan de dar, porque en ella, aunque no se tengan todas las respuestas, la criatura podrá aprender a expresar también sus miedos e inquietudes. Y esta relación puede ser una fuente de aprendizaje también para la persona adulta.

En definitiva, para hacer educación sexual no hay que forzarse a nada, ni intentar ser quien no se es. Hablar de los propios temores, dudas y experiencias es enseñar a las niñas y a los niños a mostrarse tal como son, es enseñar a aceptarse y a aceptar a las y los demás.

Entendernos y aceptarnos

Entendernos y aceptarnos no es algo que siempre resulte fácil, más bien al contrario, suele ser una tarea compleja. Es frecuente que hayamos pasado toda una vida haciendo aquello que se espera de nosotros y nosotras, intentando sentir aquello que nos han dicho que teníamos que sentir, culpabilizándonos por no ser y sentir del modo que nos han dicho que es el adecuado, y, terminamos, en la edad adulta, sin saber quienes somos y qué sentimos realmente.

Lo importante, por tanto, es empezar a acercarnos con cariño a cada sentimiento, pensamiento o duda que nos surja. Una forma de hacerlo es prestando atención a nuestros deseos. Así, por ejemplo, el deseo de vivir de un modo más gratificante y libre la propia sexualidad acompaña a muchas personas adultas, aunque no siempre encuentren el camino para conseguirlo.

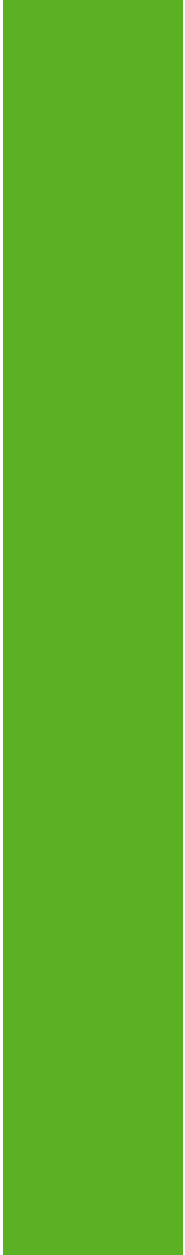
En nuestra cultura no es habitual decir la verdad sobre lo que somos y sentimos, y tampoco hablar sobre nuestra sexualidad, ni con niñas y niños, ni entre personas adultas. Muchos hombres y mujeres tienen dudas sobre su propia sexualidad o no la viven cómodamente, pero no encuentran el lugar para expresar esta experiencia. Hay quienes sí expresan sus vivencias y desarrollan una sexualidad placentera, pero no tienen modelos de referencia sobre cómo dar este tipo de información a niños y niñas. Y todo esto produce miedos, ansiedad, incertidumbre y contradicciones.

No es fácil superar estas dificultades sin el apoyo, reconocimiento y escucha de otras personas adultas. Las relaciones de intercambio con mujeres y hombres que están dispuestos a empezar a decir la verdad y a establecer relaciones de aceptación, permiten entender de dónde vienen estas dificultades, reconocer los propios logros y rebajar el nivel de ansiedad.

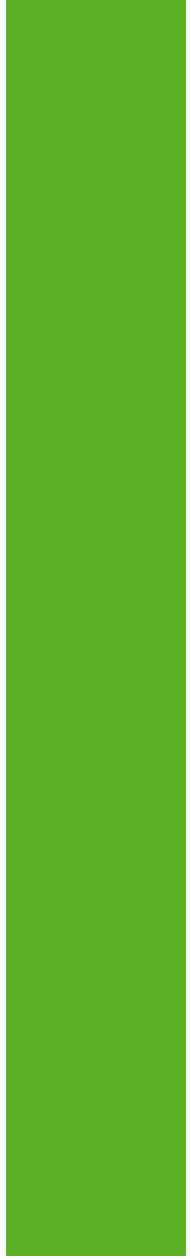
Un buen lugar para ello, pueden ser las escuelas de madres y padres. Aunque existen espacios diversos, todo es cuestión de encontrar interlocutoras e interlocutores adecuados y empezar.

El vínculo y las relaciones con niños y niñas



- 
- **Qué son los vínculos de apego**
 - **El contacto físico**
 - **Dar calidad a los vínculos y a las relaciones**

Educamos a las niñas y a los niños a través de los vínculos que establecemos con ellas y ellos. Por este motivo es importante comprender la trascendencia de los mismos y reflexionar sobre cómo hacer de estas relaciones un lugar para la expresión, el intercambio y el desarrollo.



Qué son los vínculos de apego

Los y las bebés ven sólo imágenes y se “funden” con los demás cuerpos; no comprenden dónde empiezan y terminan sus cuerpos y sus sensaciones, es decir, no saben aún diferenciarse de las demás personas.

Un niño o una niña aprenden a reconocerse como seres únicos y diferentes y a reconocer a los otros y a las otras, a través de las relaciones que establecen. Aprenden, en primer lugar, a reconocer a las personas adultas más cercanas y, a través de los vínculos que establecen con ellas, a diferenciar a las personas entre sí.


Es común que el vínculo más fuerte que una criatura establezca sea con su madre. Asimismo, diferentes prácticas dan cuenta de cómo un padre también puede establecer con su hijo o hija un vínculo basado en el cuidado y en el intercambio afectivo.

Los maestros y maestras, los abuelos y abuelas, los cuidadores y cuidadoras, y cualquier persona adulta que se relacione con las niñas y los niños, pueden establecer vínculos de apego con ellas.

El apego proviene de la confianza que sienten por sus mayores y la seguridad que esta confianza les da. Y son esa seguridad y confianza las que les permiten abrirse a las demás personas.

A través de estos vínculos aprenden a expresar la afectividad. Por ello, es bueno para su desarrollo, que tengan más de un vínculo de apego porque supone la posibilidad de experimentar más estímulos, diferentes emociones y diversas formas de expresarse.

En el periodo que va desde los cero a los dos años, los vínculos de apego tienen un papel básico. Si la niña o el niño se sienten queridos aprenderán a querer y querrán mostrar ese sentimiento.



A partir del año y medio hay cambios importantes en la vida infantil, ya que entonces se adquieren competencias lingüísticas y motoras. Las personas adultas empiezan a regular su conducta y a hacerles cumplir normas, lo que da lugar a conflictos relacionados con la dificultad para aceptar límites y para desarrollar la autonomía.

Estos cambios les llevan a sentir celos porque creen que ya no son el centro del amor de la madre y/o el padre y temen perderlos. A su vez, esta nueva situación implica un aprendizaje muy importante porque es necesario saber que no siempre se es el centro de atención. La evolución sexual de esta época va a depender, entre otras cosas, de cómo el niño o la niña vivan y resuelvan esas sensaciones y conflictos.

La influencia de las figuras de apego se extiende a toda la infancia y adolescencia, aunque cada vez va ocupando un lugar menos central. Los vínculos de apego marcarán sus relaciones futuras: la persona tenderá a ser cálida o fría, confiada o desconfiada, según cómo hayan sido estos primeros intercambios.

El contacto físico

Es evidente que la comunicación no se da sólo a través de palabras. El contacto físico es fundamental para el desarrollo de cualquier ser humano. A través de él expresamos diversos sentimientos como el cariño, el temor, la rabia o el placer.

El contacto físico es para las niñas y los niños, sobre todo cuando aún no saben expresarse con palabras, un medio insustituible, necesario y eficaz para expresar sus sentimientos y emociones. Sin él, les sería muy difícil comunicarse.

Desde los cero a los dos años, el contacto físico con sus mayores suele ser muy frecuente y es a través de él como ellos y ellas aprenden a:

- Tocar y ser tocados o tocadas.
- Abrazar y besar.
- Mirar y ser mirados o miradas.
- Comunicar y entender lo que se les dice.
- Tener seguridad en la otra persona que les quiere.
- Tener seguridad en sí mismo o sí misma al recibir afecto.
- Aprender a reconocer y expresar emociones.

El contacto físico, cuando es querido y aceptado, crea complicidad y facilita el camino para hablar sobre cosas íntimas. Frotar la espalda, sentar al niño o a la niña en nuestras rodillas, o cualquier otro tipo de acercamiento, puede facilitar que él o ella cuenten sus sensaciones y nos manifiesten sus dudas o curiosidades amorosas y sexuales.

Dar calidad a los vínculos y a las relaciones

Las niñas y los niños pequeños establecen vínculos de apego con aquellas personas adultas que les cuidan y están cerca de ellas. No tienen aún referentes para discernir si cada vínculo es o no de calidad, y los van asumiendo según van llegando a su vida.

De bebés, confían en las personas adultas, pero es la calidad de la relación la que hará que esa confianza se consolide o se tambalee y la calidad de cada vínculo hará posible un desarrollo más sano. En el primer año de vida favorecerá que la niña o el niño desarrollen la confianza en sí y estén a gusto dentro de su propia piel. A los dos o tres años, posibilitará que desarrollen su autonomía y empiecen a optar libremente sobre el uso de su propio cuerpo y de las cosas; y ya algo más mayores, la calidad de cada vínculo les ayudará a ir llevando la iniciativa en sus relaciones y en sus actividades.

Un vínculo basado en la aceptación, la escucha, la seguridad y la confianza propiciará que, a medida que vayan creciendo, entiendan y acepten con mayor facilidad los mensajes, explicaciones, acuerdos, criterios o pautas que dicen y establecen las personas adultas.

En definitiva, en función del tipo y de la calidad de estas relaciones, irán creciendo mejor o peor, más de prisa o más despacio, con más o menos dificultades para afrontar los conflictos, y siendo más o menos felices.

Crear y sostener relaciones con las niñas y los niños significa tener en cuenta una serie de actitudes. Algunas de ellas son:

Aceptar

Cada niño y cada niña son diferentes y singulares. Para reconocer estas peculiaridades y aceptarlas hace falta VER a cada criatura. Si no se la ve, con todo lo que esto implica, es difícil darse cuenta de cómo es, qué siente, por dónde va o cómo ha elaborado un pensamiento.

Cuando son aún bebés, les encanta ver y sentir el rostro de la persona adulta muy cerca cuando se les habla o se les cambia. Se sienten de este modo vistos y en relación.

Ver con atención significa, por ejemplo, dar importancia a la piedra que una niña ha recogido en el patio del colegio, a la pregunta que ha hecho un niño, a cómo cada uno y cada una elabora sus juegos simbólicos, etc.

Aceptar a una criatura es aceptar sus formas de expresar la afectividad, sus preguntas, sus miedos, sus dudas y contradicciones, sus modos de relacionarse con su cuerpo, su ritmo, su desarrollo intelectual, sus deseos, sus silencios, sus necesidades, sus conflictos y sus dificultades. Es entender que se trata de un ser humano completo e integrado, y no una serie de parcelitas que no tienen relación entre sí.

Es difícil ver y aceptar a un niño o a una niña si se cae en las prisas, en la presión para que aprendan una serie de contenidos cuanto antes: ¡Cuánto antes controlen los esfínteres...! ¡Cuánto antes aprendan a leer...! ¡Ya camina...! ¡Ya corre...! ¡Ya come fruta...!

Estas prisas implican muchas veces una presión muy alta porque se les instiga a ir más allá o en contra de lo que necesitan y están en disposición de hacer. Además, la rapidez en la adquisición de estos conocimientos puede significar perder la capacidad para disfrutar con lo que aprenden y superponer estos logros a su necesidad de relación. Y todo esto puede suponer un bloqueo emocional y/o intelectual.

No se trata, por tanto, de apresurarse en el desarrollo psíquico de cada caso, sino de aceptar las etapas que va viviendo y ayudar a enriquecerlas para que su crecimiento se vaya dando de una forma sólida y profunda. Es el placer que siente por sus actividades lo que determina su ritmo.

La expresión de la afectividad es diferente en cada criatura. La afectividad no es sólo cariño. Niños y niñas sienten diversas emociones que necesitan expresar: si algo les molesta lloran, si algo les atrae sonríen.

Algunas veces prefieren no abrazar o besar a las personas adultas. Esto no significa que no sientan cariño; aunque, cuando esta actitud va acompañada de recelo o miedo, puede ser signo de algún conflicto. No hay que forzarles a nada que no quieran ni hacerles sentir que son insensibles.

Por otra parte, algunas niñas y niños son muy cariñosos, les encanta abrazar y besar. Es algo muy gratificante y positivo. A veces, necesitan estar siempre manifestando este cariño a alguna persona con la que se sienten especialmente seguros, lo que puede significar una demanda de atención y protección.

Aceptar a una criatura es aceptar que es un niño o una niña y no una persona adulta: que puede sentir mucho cariño por su osito de peluche del mismo modo que por un amigo, que puede dar explicaciones mágicas sobre la realidad, que necesita jugar y expresarse a través de sus juegos, etc. También que hasta los dos años aprenden a borbotones y que, después de cada nuevo aprendizaje, necesitan tiempo para digerir lo que han descubierto, asociar ideas y verificar cómo altera lo que ya sabían. Sólo más tarde serán el lenguaje, el pensamiento y las habilidades sociales las que ocupen el centro de atención.

Aceptarlos es aceptar su sexualidad, sus formas de expresarse y de vivir en un cuerpo sexuado. Para ello, hace falta además, aceptar que existen formas diversas y originales de ser niño y de ser niña, por ejemplo, que existen niñas a las que les gusta jugar a la pelota, y niños a los que les gusta jugar con muñecas y que por eso no son mejores ni peores. Todo esto implica no pre-disponer a que una niña o un niño sean de una determinada forma sólo por el hecho de ser de sexo femenino o masculino.

Escuchar

La escucha se da en una relación de aceptación. La escucha implica interés por entender de verdad qué vive y quién es el niño o la niña con quien nos relacionamos comprendiendo que es un ser único.

Esto supone dedicarles tiempo para que puedan expresar, por ejemplo, sus miedos a la oscuridad, a los ruidos, al vacío, etc.; también su alegría y manifestaciones de cariño. Se trata también de prestar atención a sus juegos y actividades, ya que es a través de ellos como suelen manifestar la mayoría de sus sentimientos, emociones, necesidades, deseos y aprendizajes. Asimismo, si les habituamos a que inventen historias, a través de ellas podemos conocer lo que más les preocupa.

A medida que se expresan y conseguimos entender de verdad qué quieren decir, les ayudamos a que ellos y ellas también entiendan sus propias sensaciones y aprendan a convivir con ellas.

Escuchar con atención sus dudas y no ridiculizarles por sus contradicciones es un modo de ayudarles a pensar, a sentir que son capaces de entender e interpretar lo que les rodea, que se trata de un proceso gratificante, y que preguntar y contrastar lo que se ha entendido es ir por buen camino.

Para escuchar hace falta tomarlos muy en serio y partir del hecho de que ellas y ellos son quienes mejor saben lo que viven y lo que sienten, aunque les falten las palabras y la experiencia para comprender esas vivencias y sensaciones. No se trata, por tanto, de interpretar, juzgar o anticiparse a lo que nos quiere expresar, ni tampoco de hacer trampa para sacarles información, sino procurar comprender realmente en qué consiste.

Este proceso es complejo cuando se trata de niñas y niños, ya que a menudo tienen dudas o necesidades que no saben expresar. En estas situaciones, nuestro papel es el de ayudarlos a decir (con palabras o gestos) lo que realmente quieren decir, asegurándonos de haberles entendido bien.

Muchas veces es más interesante escuchar que explicar, porque la escucha les ayuda a entenderse y a entender desde lo que son, viven y sienten, y eso les da confianza en sí, gusto por ser como son e interés por quienes les rodea. Desde la escucha se puede llegar a entender las razones que les lleva a hacer aquello que hacen y permitirles tomar la iniciativa en las relaciones que establecen con nosotros.

Aprender a expresar lo que realmente se vive y se siente y abrirse a los y las demás, es lo más importante para el desarrollo de su sexualidad y para ser felices, más que cualquier información que les podamos dar sobre la genitalidad o la fecundidad.

Este aprendizaje es casi imposible cuando priman la censura, los sermones, las ideas prefijadas, o la ansiedad por encontrar respuestas rápidas a lo que hace o expresa una criatura. También cuando las personas mayores ponen el acento en lo que deben ser dejando en un segundo plano lo que realmente son: priorizando, por ejemplo, la necesidad de que usen perfectamente las palabras sobre la necesidad de que expresen sus emociones; o poniendo el objetivo de que aprendan una cosa determinada por encima de la curiosidad o de las dudas.

Confiar

A menudo las personas adultas tendemos a darles todo muy hecho a los niños y a las niñas, como si no creyéramos en su capacidad para hacer determinadas cosas como, por ejemplo, elegir lo que quieren hacer, tomar la iniciativa en la relación, expresar lo que sienten, etc.

Sin embargo, cuando confiamos en sus capacidades les ayudamos a desarrollar su propia autonomía y confianza, e incluso a que nos señalen el tipo de apoyo que necesitan en cada momento, sin que tengamos que adelantarnos siempre.

Partir del hecho de que las criaturas dependen de las personas adultas para sobrevivir, no debe significar una anulación de sus capacidades ni un retraso en el desarrollo de sus sentimientos de seguridad, sino todo lo contrario.

Aceptar su libertad significa confiar en las niñas y en los niños y en su capacidad de tomar decisiones por sí mismos. Lo que implica dar espacio para que manifiesten sus gustos y preferencias.

Esto les enseñará a distinguir a aquellas personas que les gustan de las que no les gustan, sus simpatías y antipatías. También a reconocer que las cosas y las personas nos producen algunas emociones placenteras y otras desagradables y que se puede decir que no a las expresiones afectivas que resultan desagradables. Por ejemplo, no hay que dar un beso o un abrazo a alguien cuando no se desea, ni aceptar formas de acercamiento, como determinados tipos de besos o abrazos, si no les gustan.

Hay muchas preguntas y conversaciones que ayudan a este proceso y que no se refieren exclusivamente a las relaciones con otras personas, sino a sus gustos y preferencias: ¿Cuál es el color que más te gusta mirar? ¿Qué animal es el que más te gusta tocar? ¿Qué alimento es el que más te gusta comer?, etc.

Contestar

La actitud de las personas adultas ante las primeras preguntas relacionadas con la sexualidad lleva a que las criaturas sigan confiando en ellas sus dudas e inquietudes, o bien, que las canalicen en otro lugar.

De ahí que lo más importante no son los contenidos de las respuestas, sino la disposición a contestar. Lo que importa es mostrar que se responde porque hay un interés por la niña o el niño y dejar la puerta abierta para que sigan preguntando siempre que quieran y necesiten.

No hay que sentirse mal por no saber la respuesta de algo que se nos pregunta, siempre se puede buscar en un libro o preguntársela a otra persona. La solución no está en las respuestas que se les dan, sino en las respuestas que ellos y ellas encuentran.

No siempre se trata de responder a las preguntas que elaboran, sino de atender a su curiosidad sexual, ya que a menudo no preguntan lo que realmente quieren preguntar y hay cosas que no preguntan. VER, aceptar y escuchar a las niñas y a los niños ayuda a saber cuándo y sobre qué hablar.

Además, es importante saber que, cuando se contesta a una pregunta, ésta no está contestada para siempre. Con frecuencia, vuelve a surgir la misma inquietud una y otra vez: a veces porque les gusta escuchar la respuesta, otras porque necesitan escucharla varias veces para asimilarla dentro de su interpretación de la realidad, otras porque aparecen nuevos matices que les interesan, etc.

Asimismo, por muy claras que sean las respuestas, los niños y las niñas tienden a hacer conexiones ilógicas y mágicas. Es importante no reírse de estas conexiones y contestar a sus preguntas las veces que haga falta, no centrándose sólo en hechos, sino en actitudes, sentimientos y expectativas.

En definitiva, lo más importante es mostrar interés por el niño o la niña; que perciba una disposición de nuestra parte a recibir lo que a él o a ella le preocupa, le inquieta o quiere saber; y, por supuesto, sentir que se le respeta y se le dice la verdad.

Informar

Algunos conocimientos importantes no surgen de forma espontánea en los niños y en las niñas y, sin embargo, necesitan conocerlos para relacionarse bien con su cuerpo y desarrollar de un modo sano su sexualidad. Así, por ejemplo, puede pasar que una niña no ve ni se interesa por su vulva, que un niño piense que las niñas no tienen “nada” y no lo diga en voz alta, que niños y niñas piensen que las parejas sólo pueden estar formadas por personas de sexo diferente y no lo manifiesten abiertamente, etc.

Informarles y darles la oportunidad de pensar sobre estas cuestiones es abrirles la puerta para que su mirada sea más amplia, más sana y más fresca. Es importante saber que la información no despierta prematuramente el comportamiento sexual, simplemente evita que éste se desarrolle de forma negativa.

No hay que olvidar que informar no es lo mismo que imponer, sermonear o “sentar cátedra”. Es simplemente contar aquello que ellas y ellos no saben y les viene bien saber.

Mostrarse

Expresar y hablar sobre nuestras propias experiencias, relatarles cómo ha sido nuestro propio proceso de crecimiento y nuestras experiencias sexuales infantiles es un buen punto de partida. Es un modo de dejarles claro que pueden hablar sobre la sexualidad con nosotras y nosotros.

Se trata simplemente de contar aquello que se sienta como importante, que venga a cuento, que resulte agradable y que apetezca. No hay que contar nada que no se quiera, simplemente abrir la puerta para que niños y niñas se atrevan también a hablar y expresarse; sobre todo cuando no hay preguntas ni manifestación explícita de curiosidad.

Mostrarnos es también explicarles de dónde vienen algunas de nuestras reacciones que les pueden resultar molestas o confusas. Así, por ejemplo, es frecuente que las personas adultas pierdan los nervios, fundamentalmente cuando sus prioridades chocan con las necesidades infantiles. Este tipo de reacciones hace que muchos niños y niñas sientan que fallan o son incapaces. De ahí la importancia de explicarles qué hay detrás de estas actitudes, haciéndoles ver que sabemos que no es fácil para una niña o un niño recoger los juguetes o desayunar más deprisa. Esta comunicación ayuda a que la criatura tenga una mayor comprensión de sí misma.

Para que nuestras relaciones con niños y niñas se vivan de un modo sano, es importante que no renunciemos a nuestro propio placer, convicciones y necesidades. No sólo para no perder la propia salud, sino porque su relación con personas capaces de respetarse, cuidarse y tenerse en cuenta es beneficiosa.

Decir la verdad

A menudo, es preferible el dolor que les puede suponer una verdad que no les gusta a la sensación de que les hemos engañado. Engañarles es decir, por ejemplo, que papá vuelve ahora mismo cuando en realidad se tiene que ir al trabajo; o prometerles cualquier cosa que no podemos cumplir o que no sabemos si realmente se podrá hacer realidad.

La honestidad produce confianza y, si hay una relación de confianza, los niños y las niñas sabrán que pueden preguntar sobre sexualidad y las preguntas fluirán solas. Por otra parte, las mentiras hacen que las criaturas dejen de preguntar espontáneamente por cuestiones sexuales.

También es honestidad decirles que no sabemos todo lo que nos preguntan o que sobre determinada cuestión nos resulta difícil hablar. Ante nuestras limitaciones, podemos acompañar a los niños y a las niñas a otra fuente de información, y hacerles saber que nos interesan sus dudas.

Dar medida

Dar libertad para que expresen su singularidad no significa que puedan hacer todo lo que quieran sin atender a lo demás. De hecho, para vivir y desarrollar la propia libertad, es necesario tener un gran sentido de la responsabilidad. Ambas cosas van unidas.

Hay dos ideas que tienen mucha fuerza hoy en día en nuestra cultura y que están produciendo dificultades para dar medida y para proponer límites y normas claras a niñas y a niños que les ayuden en su desarrollo afectivo.

Por un lado, relacionar éxito con capacidad para consumir y competir. Detrás de esta idea hay una concepción individualista del ser humano, como si cada cual se hiciera a sí mismo o a sí misma sin la necesidad de referentes, medida e intercambio. También conlleva entender las relaciones como situaciones en las que predomina el hacerse valer sobre la escucha, el entendimiento y el intercambio.

Por otro lado, la voluntad de superar los modelos educativos autoritarios de otros tiempos que consideraban que en la infancia no se tiene nada que aportar y todo por asimilar, lleva a algu-

nos educadores y educadoras a entender hoy que tener en cuenta a una niña o a un niño es “todo vale con tal de que estés bien”.

Estas ideas confunden y desorientan porque no se corresponden con la realidad infantil. Hacen difícil comprender, por ejemplo, que regalar menos juguetes no significa quererles menos y a lo mejor sí la posibilidad de que disfruten de sus juguetes; o que el llanto ante un cambio que les disgusta, como ir a dormir a su propio cuarto, es parte de la vida y puede darles la oportunidad de tener más intimidad y autonomía.

Una medida importante que niños y niñas necesitan es aquella que les permite distinguir intimidad de prohibición. Deben aprender a vivir su propia intimidad y a respetar la intimidad ajena para vivir una sexualidad sana. De hecho, uno de los límites en el diálogo con ellos y ellas es la intimidad, tanto la suya como la de las personas adultas que les educan.

Se pueden enseñar claves que les ayuden a crear su propia intimidad y respetar la intimidad ajena: tocar la puerta antes de entrar, pedir estar solo o sola cuando lo desean, etc. De este modo entenderán que cuando se les aconseja no tocar sus genitales delante de otras personas no implica que sea algo malo, sucio o prohibido, simplemente que es una práctica íntima.

Dar medidas adecuadas es posible cuando se establece una relación basada en la autoridad. Las relaciones de autoridad son aquellas que hacen crecer; están basadas en la confianza y en el reconocimiento de la disparidad entre quien educa y quien aprende. Es decir, que el educador o la educadora tienen saberes de los que las criaturas aprenden y que, a su vez, las personas mayores aprenden también en su relación con las y los pequeños.

La autoridad no aplasta, la tiene quien, con su palabra, su saber y su escucha, favorece el desarrollo de los deseos, pensamientos y palabras de las demás personas. No tiene nada que ver con el autoritarismo ni con “el todo vale”.

Proteger

Las niñas y los niños, en su primera infancia, son más vulnerables a determinadas actitudes que les pueden quitar la confianza y seguridad en sí mismos. Son ejemplos de estas actitudes:

- Las manifestaciones de pena cuando parecen “diferentes” por ser de otra cultura, por tener menos estatura de lo normal o por tener una enfermedad crónica. La pena no ayuda a vivir estas diferencias de forma positiva.
- La sorna o la risa ante cosas que niños y niñas viven con suma importancia, como pueden ser sus enamoramientos. Esta actitud les cierra, hace que escondan estos sentimientos o no quieran hablar más de ellos.
- El enfado cuando no quieren dar un beso o un abrazo, así como otros tipos de exigencias afectivas, que son muestras de falta de respeto y de no aceptar sus deseos.

Es común obligarlos a aceptar estas actitudes como muestra de su buena educación, en lugar de protegerlos e intentar que las personas adultas que actúan de este modo dejen de hacerlo. Evitar estas actitudes es ayudar a que se les tome en serio y es, por tanto, darles seguridad.

No hay que olvidar, sin embargo, que la protección puede convertirse en sobreprotección cuando no se les permite que aprendan a crear lazos afectivos con personas que no son del ámbito familiar; por ejemplo, con la madre de otro niño en el parque o con el abuelo que va a recoger a su nieta a la Escuela Infantil.

Proteger es propiciar un entorno afectivo sano y tranquilizador que les permite probar sin miedo diferentes experiencias, adquiriendo poco a poco mayor autonomía.

Ser niña; ser niño



6

- 
- **La conciencia de ser niña o ser niño**
 - **La diferencia: reconocer al otro sexo**

Tener un cuerpo sexuado en masculino o en femenino es un hecho que nos acompaña toda la vida, al que le podemos dar, o pueden dar otras personas, diferentes significados. Negar su existencia o restringir sus posibilidades de sentido es coartar la libertad de mujeres y hombres, de niñas y niños.



La conciencia de ser niña o ser niño

En nuestra cultura, lo habitual es que un niño o una niña empiecen a tener las primeras nociones sobre la sexuación humana, no a través de su cuerpo, sino a través de otros medios. Aprenden que en el mundo hay niñas y niños y a distinguir a unos y otras por la apariencia externa y por los comportamientos y actividades que se les atribuyen, pero aún no saben lo que es el sexo. Sólo más tarde (entre los tres y cuatro años) descubrirán que las personas de uno y otro sexo tienen cuerpos diferentes, y que ser niña o niño no depende de otra cosa más que del sexo al que se pertenece.

Es común que asocien al sexo significados y estereotipos que van asumiendo como propios, e incluso inevitables, a medida que van creciendo. Cada criatura va construyendo qué significa ser niño o ser niña a través de la observación y de los mensajes que recibe sobre qué es propio o impropio para cada sexo. Cuanto más estereotipados sean los mensajes que reciben, menor será su posibilidad de desarrollarse libremente.

La transmisión de mensajes estereotipados se da muchas veces de una forma muy sutil, por ejemplo, cuando:

- Ven que en la comunicación afectiva con los niños, las personas adultas priman las cosquillas y los golpeteos, y con las niñas, los besos y los abrazos. Aprenden así que unos y otras han de expresarse de modo diferentes.
- Captan el rubor de una persona adulta ante los achuchones y abrazos que dos niños se dan entre sí. Aprenden así que dos niños no deben expresarse de este modo.
- Intuyen el malestar adulto ante un niño que juega con un carrito de muñecas. Aprenden así que este no es un juego adecuado para él.

- Escuchan expresiones del tipo “dile a mamá que te cosa el botón”. Aprenden así que es una tarea propia de las mamás, no de los papás.
- Escuchan cuentos en los que los personajes masculinos y femeninos reproducen estereotipos y desigual protagonismo.

Aunque también observarán al abuelo que pasea orgulloso a su nieta en un cochecito, a su madre yendo a la oficina, a su hermano mayor dejándose el pelo largo, y a las parejas que se besan y abrazan en el parque. Y todo ello les dará la oportunidad de conocer otros modelos de ser hombre y mujer menos estereotipados, aunque no siempre les resultará fácil aceptarlos.

No tener claro cuál es realmente la diferencia entre los sexos y guiarse por los signos externos (ropas, colores, adornos, juegos) les puede llevar a no aceptar que una mujer pueda cortarse el pelo sin convertirse en hombre, o que un hombre lleve pendientes sin convertirse en mujer. Y también les puede provocar miedo a dejar de ser niño o niña si hacen cosas consideradas del otro sexo, porque piensan que el sexo es intercambiable. Por ejemplo, él puede creer que por ponerse un vestido o jugar con muñecas dejará de ser niño, y ella, que si no lleva pendientes o si juega con coches dejará de ser niña.

Unido a esto, a menudo reciben mensajes que asocian su sexo con algo prohibido, oscuro, de lo que no se habla o de lo que se habla a escondidas, y por ello, en ocasiones, refuerzan aún más su forma de ser niño o de ser niña en los aspectos externos y no en su propio cuerpo, construyendo su yo sexuado sobre cimientos inestables y falsos.

Estos signos de inseguridad sobre el propio sexo, muestran cómo el peso de los estereotipos de género es tan fuerte que, a su lado, el sexo se convierte en algo insignificante, casi inexistente. Hasta tal punto los géneros son construcciones culturales alejadas del sexo, que niñas y niños tardan un tiempo en saber que la diferencia entre ser hombre o mujer está en el sexo y que además esta diferencia permanece siempre, es decir, que lo realmente importante y determinante es el sexo, y no el vestido o los juguetes.

Para estar a gusto en el propio sexo es necesario comprender que el sexo no es un adjetivo ni algo que se puede quitar o poner, que es lo que somos y lo somos para siempre. De ahí la impor-

tancia de ayudarles a que exploren, descubran y reconozcan su propio cuerpo. En la medida en que conocen, aceptan, nombran, valoran y cuidan el propio cuerpo —todas las partes del cuerpo—, empiezan a vivir y a expresar su sexualidad con más libertad y a sentir la seguridad necesaria para poder mostrarse tal cual son sin miedo de dejar de serlo. Sabrán que son una niña o un niño, aprenderán que han nacido con un sexo determinado, aceptarán que esto ocurre necesariamente, comprenderán que no es mejor un sexo que el otro, y sabrán que hay infinitas maneras de ser niña o niño y no una sola.

A partir de ahí, y para que cada niño o niña sea capaz de ir creando su propia manera de serlo, será necesario que las personas mayores les ofrezcamos las posibilidades, opciones y referencias que conozcamos para vivir y expresar la sexualidad según sus preferencias y no según patrones determinados de masculinidad o feminidad.

Si tienen la oportunidad de conocer referentes masculinos y femeninos diversos pueden pensarse e imaginarse con más libertad. A través de cuentos que representan a mujeres y hombres libres y dispares, dándoles a conocer nuestros deseos o experiencias, facilitándoles la relación con hombres y mujeres diversos, o a través de cualquier otro medio, podremos hacer que reconozcan diferentes modos de ser: por ejemplo, papás que se quedan en casa cuidando a su bebé, o mamás aventureras.

Asimismo, por medio de actividades variadas, podemos ayudarles a cuestionar la obligatoriedad de los estereotipos: por ejemplo, pedirles que nos digan cuáles son los juegos favoritos de las niñas y de los niños con quienes se relacionan, y preguntarles qué pasaría si se intercambiaran los juguetes; o hacerles ver que la maestra que se corta el pelo muy corto sigue siendo maestra y no maestro.

Se trata, por tanto, de ayudarles a entender que tener un cuerpo sexuado es lo que les lleva a ser niños y niñas, que siendo niñas o niños pueden hacer actividades diversas y que ambos sexos son igualmente valiosos.

La diferencia: reconocer al otro sexo

Aceptar, reconocer y valorar, tanto el propio sexo como el otro, es un proceso esencial para la vivencia y la expresión de la sexualidad. Es importante que niños y niñas aprendan a aceptar que hay dos sexos y a no hacer de ello motivo de discriminación o de desigualdad.

Saber que ningún sexo vale más que el otro

Con frecuencia, a través de mensajes sobre la sexualidad, en la infancia se reciben señales que llevan a creer que un sexo vale más que otro. Algunos ejemplos de estos mensajes son:

- Los que hacen creer que los niños tienen algo más valioso que las niñas y que éstas, además, no tienen nada: “Los niños tienen pene y las niñas no”.
- Los que hacen creer que los niños pueden hacer más cosas y mejor que las niñas: “Los niños pueden hacer pis de pie y las niñas no”.
- Los que hacen creer que en la reproducción los padres ponen lo más importante y las madres son sólo un recipiente: “Papá pone la semillita en mamá...”

Todo esto lleva a que muchas niñas asocien el descubrimiento de su sexo con ser incompletas, con *no* tener pene y *no* poder orinar de pie. Se identifican, por tanto, en negativo: “Soy niña porque no soy niño”.

Por el contrario, la visibilidad de los genitales masculinos y su sobrevaloración en nuestra tradición cultural, hace que muchos niños asocien su sexo con la potencia, la fuerza y el dominio, y no con la relación, el intercambio y la comunicación. Y esto es una gran limitación para el desarrollo afectivo y sexual de los niños.

En nuestra cultura, a través de éstos y otros mensajes, las niñas siguen aprendiendo que son “el otro sexo”. Esto, aunque les lleva a representarse desde la subordinación, les hace ser perfectamente conscientes de la existencia del otro sexo y aprenden, no sólo a aceptarlo, a menudo también a reconocerlo y a valorarlo.

Todo esto lleva también a que, con frecuencia, los niños construyan su sexualidad expresando el sentimiento de que ellos son el centro, el patrón, la medida. De esta manera, para ellos, la conciencia de la existencia del otro sexo se expresa considerándolo inferior, en lugar de reconocerlo y valorarlo.

Es importante, por tanto, que el niño sepa que tener un pene no implica tener ningún tipo de privilegios y que se trata de algo natural que lo hace diferente, pero no superior a las niñas. Es necesario también que las niñas conozcan que ellas tienen genitales propios: una vulva con un clítoris, un meato y una vagina; y que sepan que esta diferencia no las hace ni mejor ni peor que los niños, y que tienen las mismas posibilidades de disfrute y de juego que ellos.

Nombrar y mostrar la sexuación del cuerpo humano antes de que ellas y ellos muestren interés y curiosidad por este hecho es un modo de prevenir en las niñas el sentimiento de “ser menos o incompletas” o, al menos, de minimizarlo.

Aprender del otro sexo

En el último siglo, las mujeres han encontrado los modos de ocupar y modificar espacios que hasta hace bien poco estaban vedados para ellas. De este modo, hoy en día, se pueden observar mujeres participando en actividades muy diversas, tanto dentro como fuera del ámbito doméstico, muchas de las cuales han sido consideradas tradicionalmente “de hombres”. Esto ha sido posible porque han dado valor, no sólo a su propia experiencia y deseos, sino también a la experiencia masculina.

Estos cambios han dado lugar a que las niñas tengan referentes más diversos que los existentes en otros tiempos. Aunque los estereotipos sigan pesando y siga siendo necesario motivarlas y apoyarlas para que diversifiquen sus juegos, estas transformaciones han hecho que manifiesten una mayor predisposición a probar todo tipo de juegos, actividades y experiencias.

Aunque algunos hombres también se han abierto a actividades que no han sido consideradas tradicionalmente apropiadas para su sexo, esta apertura no se ha dado de un modo tan generalizado y profundo. Este mayor inmovilismo tiene que ver con una falta de reconocimiento histórico a lo que son y hacen las mujeres, como si de la experiencia femenina no hubiera nada que aprender.

En determinados círculos se considera que cuando una niña se acerca al mundo de los niños gana algo que hasta entonces no tenía, mientras que cuando un niño se acerca al mundo de las niñas pierde algo porque deja de ser y hacer cosas consideradas realmente importantes. Esto es así porque cuando las niñas no son vistas, reconocidas ni valoradas, es común considerar que los juegos realmente divertidos son los que normalmente juegan los niños y se tiende a fomentar que ellas jueguen como ellos, pero no a la inversa.

Asimismo, es común considerar que no es bueno que un niño “trasgreda” el estereotipo masculino para que no sea discriminado ni sufra por ello en su futuro. Es un modo más de sobreprotección que le quita al niño la posibilidad de desarrollarse libremente. Este miedo tiene que ver con algunas ideas falsas: por ejemplo, pensar que si un niño se acerca al mundo de las niñas corre el riesgo de ser homosexual y que ser homosexual es un problema o enfermedad.

Estos mensajes llevan a que algunos niños no quieran acercarse al rincón de la casita en las escuelas infantiles. Sin embargo, para muchos, es el único espacio que tienen para poder expresar sentimientos, coquetear con su cuerpo, aprender a cuidar, etc., por eso, no ayudarles a reconocer lo que las niñas les pueden aportar, les puede suponer una gran pérdida.

Del mismo modo, la sobrevaloración de la experiencia masculina, hace que, en ocasiones, las niñas tiendan a imitar a los niños. Así, por ejemplo, diferentes experiencias dan cuenta de cómo normalmente las niñas se toman más en serio y con menos agresividad los mensajes y conversaciones relacionadas con la sexualidad, pero también es cierto que, pasado cierto tiempo, algunas imitan las actitudes más agresivas de los chicos cuando no son reconocidas y valoradas por sí mismas, y esto es una pérdida para unos y para otras.

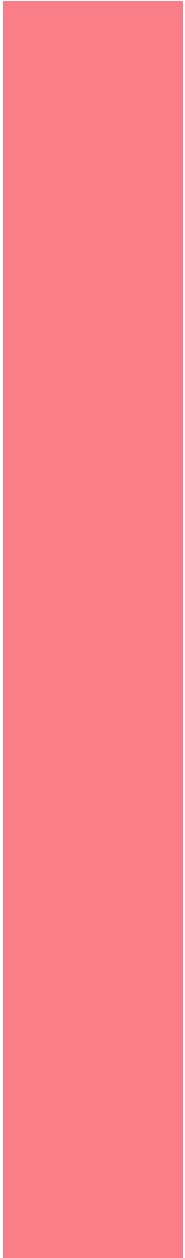
Es importante, por tanto, ayudarles a reconocer y valorar, no sólo lo que son y hacen los hombres, sino también lo que son y hacen las mujeres. Para ello es necesario que las educado-

ras y los educadores den el mismo valor a las aportaciones de ambos sexos. Hay muchas formas de tratar esta cuestión, por ejemplo, preguntándoles ¿qué han aprendido de mamá o de la abuela?, ¿en qué trabaja mamá?, ¿quién les enseñó a hablar, cambiarse de ropa, ponerse los zapatos, caminar, etc.?; de modo que entiendan que el trabajo no es sólo el trabajo remunerado y que reconozcan todas estas tareas como fundamentales para su propio crecimiento.

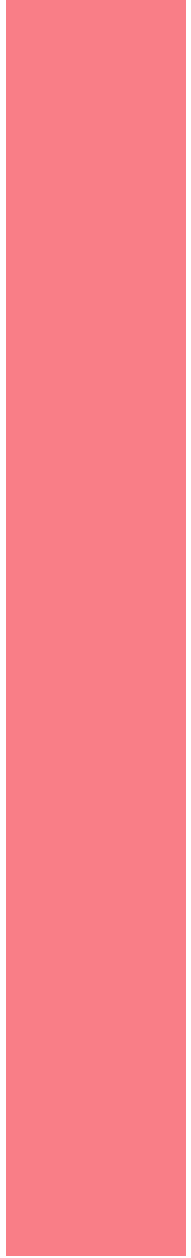
Reconocer y valorar el propio cuerpo



7

- 
- **Tocar y sentir**
 - **Autoexplorarse**
 - **Nombrar**
 - **Aprender cómo evolucionan los cuerpos**
 - **Moverse y expresarse**
 - **Cuidar la salud**
 - **Coquetería**

Reconocer el propio cuerpo es un proceso imprescindible para que niños y niñas puedan dar un sentido libre a su sexo y, por tanto, a su sexualidad. Son muchas las maneras en las que aprenden a valorarlo y cuidarlo, he aquí algunas de ellas:



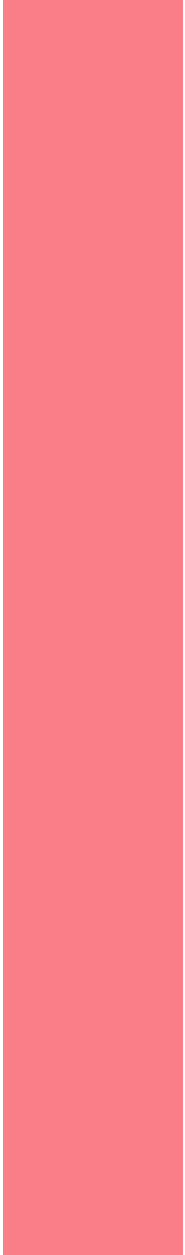
Tocar y sentir

El primer “ojo” de una criatura es su piel. Las caricias y el contacto físico le permiten sentirse y sentir lo que le rodea. Cada parte del cuerpo de un bebé que es acariciada o masajeadada cobra vida, se distiende y se abre para recoger nuevas caricias. Éste es un modo de desarrollar su sensualidad y de hacerles descubrir el bienestar que el contacto físico produce.

Se educa con los abrazos, las caricias, los afectos y los contactos con la piel. Todo esto es muy importante para las criaturas y a menudo es el medio más eficaz para lograr la calma o la relajación. De tal modo que a veces ellas mismas terminan demandándolo. Así, cuando quieren que se les acaricie o se les haga algún tipo de masaje pueden llegar a ser insinuantes: se colocan al lado y muy cerquita de la persona adulta o lo piden de forma explícita (“hazme cosquillitas”).

Se puede tocarlos, no sólo con las manos, también haciéndoles sentir diferentes objetos: envolverlos con una manta suave, hacerles cosquillas con una pluma, abrazarlos con su osito de peluche o, cuando ya son algo más mayores, jugar a reconocer objetos con los ojos cerrados.

Además de éstas, hay muchas actividades diarias en las que pueden experimentar diferentes sensaciones con el cuerpo y los objetos: por ejemplo, jugar con móviles o mirar el movimiento de una lavadora cuando son bebés; adivinar por dónde viene un sonido o qué alimento es el que se tienen en la boca cuando están comiendo; jugar con juguetes que emiten sonidos diversos; sentir el agua mientras se bañan, la arena o el barro cuando están en el parque; pintarse en el propio cuerpo cuando están en un espacio apropiado para ello, tocar la comida y mancharse con ella mientras aprenden a comer, etc.



A medida que van creciendo pueden discernir y dar nombre a estas sensaciones: distinguir lo que les resulta agradable de lo que les resulta desagradable, las caricias y los besos que gustan de los que no gustan, el frío del calor, lo áspero de lo suave, etc.

Todo ello les permite saber que todo el cuerpo humano es fuente de comunicación, afecto, ternura y placer. Asimismo, si tenemos en cuenta que el cuerpo se comunica a través de los sentidos, es importante que empiecen a entender y a nombrar las actividades corporales relacionadas con ellos: oler, comer, tocar, mirar, etc.

Es importante también que puedan reconocer y nombrar los sentimientos, no sólo los propios, sino también los de las otras personas: tristeza, alegría, dolor, tranquilidad, placer...

Autoexplorarse


Niños y niñas necesitan tocarse y mirarse para reconocer y comprender su cuerpo. La curiosidad y el interés que muestran por explorarlo, conocerlo y experimentar con él sensaciones agradables y placenteras, son exactamente eso y no otra cosa.

Cuando ellos y ellas empiezan a palpar y tocar todo lo que les rodea se topan con sus propias piernas, brazos, tronco o cabeza, descubren poco a poco su propio esquema corporal y aprenden a delimitar dónde empieza y acaba su propio cuerpo. Comprender los límites de su propio cuerpo es lo que les permite descubrir el mundo que les rodea. Desde ahí, necesitan tiempo para mirar y explorar el mundo a su manera.

Alrededor de los seis meses pueden discernir lo que permanece constante y lo que varía, y concluir que lo que permanece constante es su cuerpo. Por eso les gusta tanto jugar al escondite en ese periodo, aprenden que las cosas (las otras cosas que no son su cuerpo) pueden desaparecer de la vista y volver a aparecer.

En la primera infancia, la autoexploración se extiende por igual a todo el cuerpo y tocarse sus genitales es sólo un modo más de descubrirlo y explorarlo. Aunque pronto descubren que acariciándolos sienten algo diferente que les produce placer.

No se trata de una práctica negativa o inapropiada para su edad y, por tanto, no hay que evitarla. Aunque tampoco se trata de estimularla. Cada niña y cada niño irán descubriendo sus modos y ritmos. Es un proceso natural y único en cada criatura.



A veces querrán compartir las sensaciones que esta práctica les produce. En ocasiones, cuando ya son un poco mayores, nombran esa sensación, diciendo, por ejemplo: “Mamá, qué cosquillas me hago (en la vulva) y qué rico es”. Esto no es problemático y es signo de que confían en sus educadores o educadoras, y que sienten seguridad en su propio cuerpo. Éste es un buen momento para explicarles que lo que sienten es normal, que le pasa a todo el mundo, y que se trata de una práctica íntima que las personas no la hacen en público.

Asociar este placer con suciedad o con algo negativo crea un conflicto difícil de resolver, ya que probablemente no dejarán de autoexplorarse, pero lo harán a escondidas y con culpa. Y, de este modo, es difícil que vivan su cuerpo sanamente y con placer. Sin embargo, si se les da libertad y no reciben represalias por estar haciendo algo “sucio”, tendrán la oportunidad de ir descubriendo qué les gusta y qué no les gusta en relación al contacto corporal.

Algunas criaturas se tocan mucho. A veces, usan esta práctica para aislarse de las demás personas (como el balanceo u otras); no hay que banalizar este hecho, pero tampoco dramatizarlo. En estas situaciones es importante, más que centrar nuestra atención en cómo se tocan, interesarnos por el niño o la niña y abrirles nuevos horizontes: actividades, juegos, entretenimiento; evitando la monotonía y el aburrimiento.

Otras veces, al tocarse con mucha fuerza, pueden hacerse daño. Cuando esto ocurre, la necesidad de cuidar su salud suele ir acompañado de desconcierto para la educadora o el educador porque no resulta fácil ni siempre posible tratar de superar los mitos y el ocultismo relacionados con el autoplacer y, a la vez, afrontar algunas de sus consecuencias negativas.

La angustia que todo esto supone puede dar lugar a mensajes contradictorios tales como “puedes tocarte la vulva todo lo que quieras, pero tienes que tener cuidado de no tocarte mucho”. Aunque siempre se puede cambiar la segunda parte de este mensaje diciendo “... pero tienes que tener cuidado con no hacerte daño”.

En ocasiones, en cambio, las criaturas apenas se tocan los genitales. Esto tampoco es problemático, ya irán descubriendo su cuerpo y su placer. No hay que precipitar nada.

Nombrar

Los niños y las niñas necesitan tener palabras para nombrar todas las partes de su cuerpo para así reconocerlo, aceptarlo y valorarlo. Antes incluso de que la niña o el niño hable, se puede jugar a identificar cada parte del cuerpo con su correspondiente palabra; por ejemplo, haciéndoles preguntas o propuestas del tipo ¿dónde está tu barriguita? ¿y tus brazos? ¡tócate la nariz!

Para ello, son buenos momentos la ducha o cuando se les da un masaje y, a partir de los dos años, también cuando se miran en un espejo o cuando se observan en fotos, porque a esa edad ya comprenden que la imagen que les devuelve el espejo o que ven en la fotografía es suya y no de otra persona.

Es importante tener cuidado con no relacionar determinadas partes del cuerpo con suciedad: por ejemplo, cuando empiezan a controlar los esfínteres no darles mensajes en los que “hacer caquita u orinar” significan algo oculto y sucio.

Cuando ya tienen tres o cuatro años y sienten curiosidad por los genitales, se puede dibujar el cuerpo humano y señalar el pene y la vulva, y hablar de ello. Todas éstas son prácticas que ayudan a profundizar en sus percepciones de la diferencia sexual e incidir en ella. En este proceso, algunos niños y niñas necesitan mostrar a las personas adultas sus propios genitales, explicando lo que son y sus diferencias en relación al otro sexo.

Sin palabras adecuadas no es fácil aprender que la vulva (con sus labios, vagina, clítoris y meato) es lo que hace que una niña sea niña, y el pene y los testículos es lo que hace que un niño sea niño. Poder nombrar esta diferencia es el punto de partida para entender que se es de sexo masculino o femenino para siempre: que no es posible, por ejemplo, que a una niña le salga un pene en el futuro, ni que un niño se quede embarazado.

Nombrar *todas* las partes del cuerpo humano facilita una visión integral del propio cuerpo. Identificar los genitales con sus nombres reales (pene y vulva) permite tratarlos como cualquier otra parte del cuerpo, sin connotaciones negativas ni ocultismo. Sin embargo, usar estas palabras, hoy en día, sigue siendo ir contracorriente: ¿cuántas personas adultas usan las palabras pene o vulva para referirse a sus propios genitales?

Hay otras palabras que se usan con el fin de transmitir cariño y complicidad. Por ejemplo, decir “cuca” en lugar de vulva o en lugar de pene no es ocultar los genitales ni darles una connotación negativa; es simplemente un modo de crear un acercamiento lúdico, similar a cuando se dice “pompi” en lugar de culo, o “cachete” en lugar de mejilla.

Sin embargo, si prestamos atención a las palabras que se usan comúnmente para designar los genitales femeninos, vemos que la gran mayoría son denigrantes. Usarlas puede favorecer que una niña crezca representándose de forma negativa y que un niño crezca sintiéndose superior.

Asimismo, hay términos para referirse a los genitales masculinos que son agresivos, mientras que otros (como “colita”) buscan nombrarlos descargados de todas las connotaciones de poder y fuerza bruta que la palabra pene ha tenido y aún tiene en nuestra cultura. Pero son palabras que sólo sirven para el mundo infantil y, sin embargo, el cuerpo del niño crece y se hace adulto, y la criatura necesita referencias para nombrar este cambio también.

Quizás de lo que se **trate** es de descargar la masculinidad en su conjunto de estos clichés que tanto daño han hecho a la humanidad y darle significados más sanos y humanos: los genitales masculinos son sólo una parte más de su cuerpo, y no implican por sí mismos superioridad ni violencia.

Por otra parte, hay que tener en cuenta, que las diferencias corporales entre niños y niñas no son sólo externas, también internas. Cuando se hace un esfuerzo por nombrar y mostrar las peculiaridades de los cuerpos de unas y otros, es habitual que las criaturas terminen teniendo más información sobre el cuerpo femenino por dentro que sobre el masculino. Es probable que aprendan que una niña tiene un útero donde podrá gestar un bebé en el futuro, pero es muy extraño que sepan que los niños tienen, por ejemplo, un conducto eyaculador sin el cual tampoco habría procreación.

Aprender cómo evolucionan los cuerpos

La curiosidad por los cuerpos adultos es natural. Ver cómo son estos cuerpos desnudos (bien en fotos, láminas o a papá y a mamá en la ducha o el baño) y saciar su curiosidad, les da la posibilidad de observar los genitales sin ningún recelo o connotación peyorativa.

La curiosidad que sienten por los cuerpos adultos es también una curiosidad por su futuro, por cómo irá evolucionando su propio cuerpo. Es interesante explicar cómo evolucionan los cuerpos femeninos y los cuerpos masculinos desde que son bebés hasta que se hacen adultos. Que la niña tendrá un cuerpo parecido al de mamá o la maestra, y el niño parecido al de papá o el abuelo.

La idea de transformación y evolución no es fácil pero les resulta muy atractiva. Es importante hacerles ver que se trata de un cambio paulatino que no termina nunca, aunque en determinados momentos de la vida éstos sean más drásticos y significativos (por ejemplo, el cambio de voz y de la musculatura en los hombres, o cuando crecen los pechos y se ensanchan las caderas en las mujeres...). No está de más recordar, que esta evolución no supone en ningún caso cambio de sexo.

Un buen punto de partida para tratar estas cuestiones es su propia evolución. Observando sus fotografías o vídeos, los niños y las niñas pueden ver cómo han ido cambiando sus cuerpos desde que eran bebés hasta la edad que tienen en ese momento. Incluso se les puede contar cómo eran cuando estaban en el útero materno. Son relatos que les fascinan.

Moverse y expresarse

Probar las distintas posibilidades que brinda el cuerpo a través del deporte, el baile y cualquier tipo de movimiento, da seguridad, autonomía y placer. La libertad de movimiento es fundamental para experimentar estas posibilidades.

Hay muchas ideas falsas sobre el cuerpo femenino que han frenado históricamente esta libertad en las niñas. Las creencias sobre su debilidad física y fragilidad y la imposición de un modelo de belleza donde la fuerza y el desarrollo muscular no tienen cabida, han dado lugar a actitudes sobreprotectoras de sus educadoras y educadores, y les han privado de la posibilidad de probar de qué son capaces y qué es lo que les gusta hacer con sus cuerpos. Quizás el baile haya sido la actividad de movimiento físico más estimulado en ellas, a la vez que ha estado alejada de la experiencia de los niños por considerarse “cosa de niñas”.

Es importante que niñas y niños puedan disfrutar y usar sus cuerpos de formas muy diversas y que aprendan que no hay formas de moverse más apropiados para niñas o para niños.

La libertad de movimiento será mayor si, tomando en cuenta sus habilidades y grado de autonomía, se les dan pautas de seguridad, si se les explican las medidas a tomar para subir una escalera, bajar un tobogán, empujar, arrastrar, etc. sin hacerse daño ni dañar a las demás personas. Es un modo de enseñarles a poner sus propios límites.

Muchas veces, son los propios niños y niñas quienes piden el apoyo del educador o educadora para la realización de determinada actividad. Así, por ejemplo, una niña puede estar agarrada a la pierna de la maestra porque quiere que la ayude a caminar. Atender a estas demandas ayuda a saber qué hacer y cómo hacerlo.

Hay criaturas que no tienen sensación de peligro y derrochan energía. Otras, en cambio, son asustadizas. A cada cual hay que darle estímulos diferentes: en unos casos facilitarles propuestas que les permita desarrollar la atención y cuidado para poder disfrutar con lo que hacen; en otros, darles tranquilidad, seguridad y confianza.

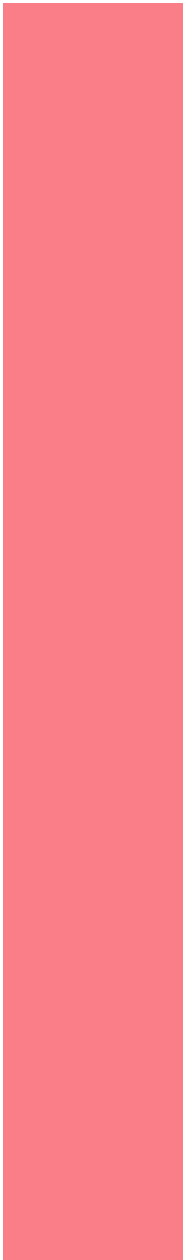
Las hay más reflexivas y con menos interés por actividades que requieran movimiento. Otras tienen un gran sentido del equilibrio pero les cuesta correr. Cada una tiene su ritmo, obligarles a ir más rápido de lo que quieren o pueden, da lugar a bloqueos o a que prioricen el éxito dejando de lado el disfrute. No obstante, siempre es interesante proponerles propuestas que les puedan provocar un mayor interés por desarrollar estas habilidades.

Es importante evitar determinadas dinámicas educativas que limitan su necesidad de movimiento innecesariamente: por ejemplo, cuando se exige que permanezcan sentadas durante mucho tiempo o que duerman cuando realmente no tienen sueño. Esto no significa que no necesiten aprender que, para determinadas actividades, es preciso sentarse o tener cierta tranquilidad.

En la cuestión del movimiento y la expresión corporal influye el hecho de que el espacio y el mobiliario sean agradables y estimulantes. También ayuda la motivación y la diversificación de propuestas, haciéndoles probar las diferentes posibilidades de motricidad que tiene el cuerpo, respetando el propio gusto, ritmo y necesidad de pautas de seguridad.

En este sentido, hay actividades muy sencillas que, por ser habituales, a veces no se las valora. Así, por ejemplo:

- Jugar a decir “arre caballito” mientras se pone al niño o a la niña encima de la pierna adulta en movimiento.
- Jugar a agacharse y coger cosas, chapotear en los charcos, llevar una carretilla, bajar por un pequeño túnel (que puede ser una mesa o una silla), etc.
- Andar sobre una tabla, a la pata coja o siguiendo una línea, saltar en la cama, perseguir burbujas, jugar a la pelota, etc.
- Jugar al “corro de la patata” o similar, o hacer una coreografía de baile (sobre todo a partir de los tres años).



Expresarse a través del cuerpo también es cantar y jugar con la voz, experimentar el movimiento a través de diferentes propuestas rítmicas, darse masajes, disfrazarse, pintarse o vestirse. En todo este proceso, no hay que olvidar que las propias criaturas se estimulan entre sí y les suele resultar atractivo lo que los otros y las otras hacen.

Cuidar la salud

7

Aprender a comprender las necesidades del propio cuerpo para mantenerlo con salud es un modo de conocerlo más profundamente. Atendiendo sus necesidades aprendemos a querer el cuerpo y, por tanto, a querernos más.

Cuando el cuerpo lleva mucho tiempo quieto necesita moverse, cuando ha estado dormido necesita estirarse, cuando está cansado necesita descansar. Las criaturas dan respuesta a estas necesidades de forma espontánea. Sin embargo, tomar conciencia de ellas es divertido, ayuda a comprender mejor el funcionamiento del propio cuerpo y también algunos mandatos de los mayores, como, por ejemplo, el de ¡Ya es hora de irse a la cama!

Hay otros aprendizajes que son más complejos. El cuerpo necesita alimentarse bien y de forma equilibrada para poder jugar, crecer y estar sano. También necesita estar aseado: limpiarse después de usar el w.c., ducharse, cepillarse los dientes, cambiarse de ropa, lavarse las manos antes de comer, etc. Este conjunto de aprendizajes, cuando no son vividos como una imposición, son divertidos porque les hacen sentir que van ganando autonomía.

La coquetería

La coquetería es un modo de cuidar el propio cuerpo, resaltando su belleza y disfrutando con él. Es una práctica que ha estado más cerca de la experiencia femenina a lo largo de nuestra historia y no es de extrañar, por tanto, que las niñas la incorporen más fácilmente en sus vidas.

La coquetería se aprende por imitación, como un juego. Las niñas, desde muy pequeñas, suelen estar en contacto con coleteros, cintas para el pelo y horquillas; son objetos que dan comodidad, pero que también sirven para estar más guapas. Cuando visten y peinan a sus muñecos están aprendiendo a relacionar el cuidado con la belleza.

Todo esto supone una experiencia gratificante que pocas veces forma parte del universo de los niños. De hecho, suele considerarse inapropiado en un niño el interés por la belleza, por disfrazarse, pintarse, cuidarse, peinarse mirándose en el espejo, etc.

Sin embargo, hay un hilo muy delgado que puede convertir estas experiencias de autocuidado en sometimiento y falta de libertad. Sentirse guapa o guapo es sano. Otra cosa es querer serlo desde la competitividad (querer ser la más guapa o el más guapo), desde la insatisfacción (querer ser lo que no se es respondiendo a estereotipos), o desde el sacrificio (estar en disposición de restringir el movimiento o la comodidad para aparentar belleza).

Alrededor de los tres o cuatro años, es común que las niñas quieran tener un aspecto típicamente femenino: vestidos, pelo largo, pendientes. Esto se convierte en un problema si comienzan a aceptar que vale la pena sufrir dolor o falta de movilidad con tal de estar guapas, soportar los tirones de pelo con tal de tener melena, o dejar de jugar para no despeinarse. En este sentido, el que una niña no quiera hacerse el agujero en la oreja, aunque le encanten los pendientes, puede ser un indicador de salud.

Otra dificultad surge cuando no se busca realmente resaltar la propia belleza, sino que se comparan e imitan otros modelos. Por ejemplo, cuando ellas quieren ser atractivas como las “sex-symbol” que aparecen en televisión, renunciando a ser ellas mismas; o ellos quieren ser tan musculosos como los héroes que finalmente se quedan con la chica en las series o dibujos animados.

Cuando esto ocurre es difícil tratar este tema, ya que es muy fuerte la presión para que moldeen sus cuerpos según la moda, y les resulta extraño, incluso fuera de lugar, que a sus educadoras y educadores no les guste lo que a todo el mundo le gusta.

Es frecuente que la delgadez se imponga a la salud como indicador de belleza. Esta obsesión ya se puede ver en niñas, y en menor medida en niños, de cuatro o cinco años. Frente a esto, hay mensajes que son importantes aunque sean contracorriente: “sin carne no se puede estar fuerte para hacer deporte, correr y disfrutar”, “hay niñas gorditas y otras flaquititas, y todas tienen cuerpo bonitos”, etc.

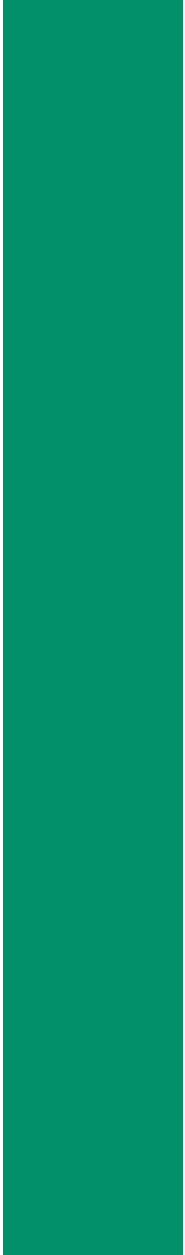
Por otro lado, hay niñas a las que les gusta practicar juegos donde el movimiento y la fuerza están presentes, y que han sido tradicionalmente considerados “de niños”. Estas actividades físicas dan a sus cuerpos una mayor corpulencia y musculatura, que en ocasiones se perciben como características más propias del cuerpo masculino o poco atractivas en un cuerpo femenino.

Este conjunto de mensajes negativos sobre el propio cuerpo tiene que ver con algo más profundo: la tendencia de nuestra cultura a dar especial relevancia a lo que una persona parece, dejando en un segundo plano lo que es realmente, dividiéndola internamente entre lo que es y siente, y lo que debería ser para que se la considere socialmente. Esta escisión sólo produce sufrimiento.

Una forma de afrontar este sufrimiento es ayudarlos a estar a gusto con su propio cuerpo, haciéndoles ver que es bello y animándoles a mostrarse tal y como son. Si aprenden a conocerse, a sentir placer cuando desarrollan sus deseos y potencialidades, a expresar qué sienten y qué quieren, es más fácil que acepten su cuerpo tal cual es y lo quieran. Desde ahí, la coquetería vuelve a significar placer y autocuidado.

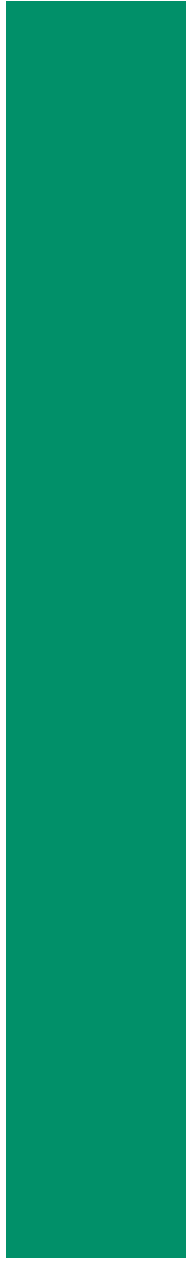
Las relaciones con otros niños y niñas



- 
- **Cultivar el sentido de la relación**
 - **La amistad**
 - **Los conflictos**
 - **Los juegos amorosos**

Niñas y niños comienzan a estar preparados para relacionarse con otras criaturas sólo cuando tienen conciencia de ser una persona individual (sexuada) distinta de las otras. Hasta entonces sólo toman parte en vínculos con personas adultas porque son éstas las que pueden ser capaces de sostener su desarrollo y de hacerles crecer y aprender. Y si no son adultas del todo, al menos sí lo suficiente para hacer de sostén y de estímulo.

Al principio sienten atracción por las personas sin más. A partir de los seis meses la familiaridad les lleva a centrar esa atracción en su madre y/o su padre porque descubren que son seres únicos, aunque les gusten también los otros bebés y las criaturas algo más mayores. Con siete o nueve meses empiezan a interesarse por lo que les rodea, ya son capaces de sentir añoranza por la ausencia de alguien y también pueden sentir apego por algún juguete (lo que les da seguridad).



Cultivar el sentido de la relación

Sabemos que tanto niñas como niños, a través de la relación primaria con la madre (o con quien haya ocupado ese lugar), experimentan y cultivan desde el nacimiento un sentido de la relación que les hace, no sólo saber que “el otro y la otra” existen, sino también reconocerlo y valorarlo.

Es habitual que ese sentido de relación se mantenga en la educación de las niñas a medida que crecen, aunque se transforme y cambie de significado y expresión. Por el contrario, en la educación de los niños, es frecuente que la relación pase poco a poco a un segundo plano, dando un mayor relieve a un tipo de autonomía y de madurez basada en el desapego y en la desaparición de determinadas expresiones de afecto en su relación con las personas adultas: besos, abrazos, caricias...

Este tipo de educación que se dirige a los niños les lleva a evolucionar hacia patrones de comportamiento en los que la relación deja de tener relevancia, evolución que va paralela al desarrollo de su conciencia de ser sexuado, y también a sus dificultades para reconocer al otro sexo, y aceptar también otras diferencias entre las personas.

Sin embargo, cuando la educación de los niños sigue cultivando en ellos el sentido de la relación, les resulta más fácil reconocer y valorar la diferencia sexual y la diversidad humana. Por ello, es importante intentar que el paso de los años no vaya eliminando las muestras de afecto y que tanto niñas como niños expresen sus sentimientos y cultiven ese sentido de la relación con el otro o la otra. Al fin y al cabo, saber relacionarse tomando en cuenta las diferencias es fundamental para la expresión libre y sana de la sexualidad.

La amistad

Hoy en día, es frecuente la falta de hermanos o hermanas. Ocurre, además, que las personas adultas que los rodean no tienen o tienen pocos hijos e hijas. Todo esto hace que el peso de las relaciones con personas adultas y el de los juegos solitarios sea mayor que en otros tiempos.

Las relaciones con otros niños y niñas tienen mucha importancia desde que son muy pequeños. Cuando son aún bebés, no saben relacionarse con su mismo grupo de edad, aunque les encanta estar en compañía; juegan sin interactuar, se quitan juguetes y miran a los y las demás como si fueran también juguetes.

Con un año de edad ya empiezan a elegir sus relaciones más íntimas. En esta etapa, el contacto corporal, así como las muestras de amor y efusividad, son frecuentes. La dificultad para que se entiendan entre sí a través del lenguaje no es un problema para su comunicación; disfrutan con los gestos, miradas y sonidos.

El concepto de amistad va cambiando, las niñas y los niños de dos años empiezan a jugar junto a otros y otras, y ya establecen relaciones especiales y de mucho cariño. Reconocen, por ejemplo, a las y los compañeros de clase del año anterior y dan muestras “descontroladas” de alegría cuando se vuelven a ver.

Con tres años ya comparten sus juegos y, con cuatro o cinco años, lo más significativo es pasárselo bien con sus amigos y amigas. Aún les supone una dificultad tener en cuenta los diferentes puntos de vista, ponerse en el lugar del otro o de la otra, entender que lo que sienten no coincide necesariamente con lo que sienten todas las demás personas. Aun así, ya empiezan a comprender que tienen que explicar sus sentimientos si quieren que se les entienda y a entrenarse en la escucha y la atención al otro u otra.

A edades tempranas, juegan con la misma intensidad con niños y niñas, y comparten todo tipo de juegos. Sin embargo, es habitual que a medida que crezcan se segreguen por sexo y que cada sexo se “especialice” en un tipo determinado de juegos.

Los conflictos

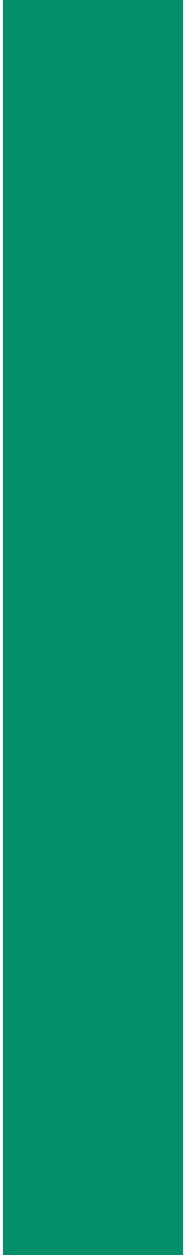
Con un año de edad ya aprenden a distinguir “qué es mío y qué es tuyo”, y empiezan a verse con conflictos relacionados con la necesidad de compartir, con el deseo de lo ajeno, y con el miedo a perder lo propio. Les puede pasar, por ejemplo, que regalen algo suyo a otra persona y al rato se arrepientan de ello y lo reclamen otra vez.

Cuando son más mayores, las niñas suelen desarrollar más la comunicación a través de la palabra, el contacto corporal y el cuidado. Muchas, desde muy pequeñas aprenden a proteger a las demás personas y actúan fundamentalmente para relacionarse. En algunos casos, en su afán por agradar y cuidar, dejan de lado sus propias apetencias, ideas y deseos.

En este proceso es necesario orientar, tanto a niñas como a niños, para que aprendan a distinguir qué les gusta y qué no les gusta, a proponer lo que desean y a decir no a lo que no desean. Cuanto más respeto sienten por sus deseos y gustos, más fácilmente aprenderán a respetar los deseos y gustos ajenos.

Es importante que aprendan a tomar en cuenta los gustos de los y las demás; saber, por ejemplo, que las muestras de cariño o de efusividad no siempre serán bien recibidas, y que esto no significa necesariamente rechazo, sino sensibilidades diferentes que hay que respetar. Se trata, por tanto, de aprender a canalizar la frustración y afrontar los conflictos sin violencia, que es la base para relacionarse con seguridad.

Este aprendizaje es más difícil en el caso de los niños, ya que a ellos les llegan con más fuerza mensajes relacionados con el uso de la fuerza física para conseguir lo que quieren de los otros y de las otras. Muchos niños aprenden que son importantes sólo por el hecho de ser del sexo masculino y actúan fundamentalmente para que se les vea. Todo ello lo hacen con la intención de obtener liderazgo, pero también es el modo que conocen de demandar afecto y atención.



El aula, al ser un espacio de convivencia entre varios niños y niñas, es un lugar idóneo para tratar y prevenir las conductas violentas. El gran reto es lograr que el grupo las rechace, y pasen del aplauso a la censura. Se trata de aprender a demandar afecto y atención de otra manera.

Es importante reconocer y valorar a las niñas, eso les da seguridad en sí mismas y en sus actuaciones. Asimismo, los niños necesitan mayor refuerzo para desarrollar su parte afectiva y poder establecer vínculos profundos. De este modo, por ejemplo, un niño puede entender que “pedir permiso” no es rebajarse y una niña que rechazar una propuesta no es hacer daño o que no es necesario imitar a los niños para ser valiosa.

Para aprender todo esto, tanto unas como otros, necesitan tener un espacio para entender sus propios conflictos (qué les hace sentir mal y por qué) y canalizar de un modo positivo su agresividad, dándoles la oportunidad de que expresen sus sentimientos de rabia sin violencia. Se trata de ayudarles a que entiendan por qué se pelean cuando lo hacen, reconocer y expresar sus emociones y deseos, y empezar a ejercitar la empatía.

Los juegos amorosos

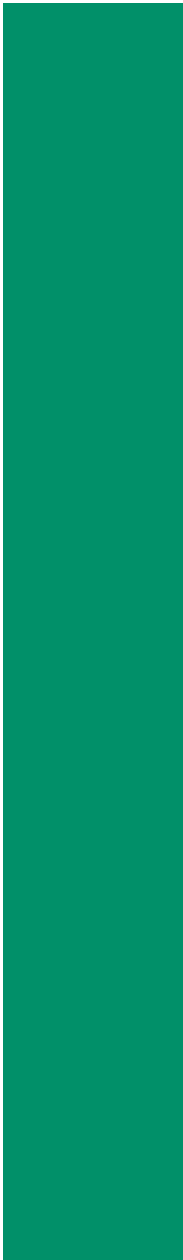
Los juegos amorosos con otros niños o niñas suelen tener el objetivo de pasarlo bien y de imitar lo que creen que hacen las personas mayores, no tienen un sentido erótico tal y como lo entendemos los y las adultas.

La atracción hacia otras personas es más afectiva que sexual. Las criaturas no distinguen afecto de sexualidad. En la infancia, la sexualidad no está muy diferenciada de otro tipo de sentimientos como el placer, el bienestar y la seguridad. Hay placer, pero no atracción, ni deseo erótico, ni fantasía, ni orientación sexual.

No obstante, en estas edades aprenden a distinguir lo que es una simple amistad de lo que es un noviazgo y empiezan a crear sus primeros vínculos “amorosos”. Eligen a sus novios o novias y hacen listas de sus “amores” en las que también aparecen figuras de su mismo sexo. A veces, estos vínculos no son sólo un juego, sino fruto de un enamoramiento real y profundo.

A menudo, les cuesta entender que la relación es cosa de dos y que no basta elegir a alguien para que ya exista una pareja. Saber que hay que tener en cuenta el deseo del otro o de la otra, y a superar las frustraciones que una negativa puede suponer es uno de los aprendizajes más difíciles y necesarios para el desarrollo de una afectividad sana.

Con dos o tres años, en ocasiones se relacionan con “contactos especiales”, besan y acarician a un niño o una niña que consideran especial. A veces, buscan espacios de soledad para vivir esta experiencia con intimidad; por ejemplo, se encierran en una casita o se ponen debajo de una mesa camilla.



A esa edad, los “descubrimientos sexuales” tienen la misma carga que cualquier otro juego. Es habitual, por ejemplo, que una niña toque el pene de un niño para comprobar que efectivamente “se pone gordo” y, tras hacer esta comprobación, siga jugando a cualquier otra cosa con tranquilidad. Es importante que se toquen y se miren de la manera que lo hacen porque en ella no hay connotación negativa.

Es necesario tomar muy en serio todos los sentimientos que este tipo de vínculos les producen, que los respetemos y no los ridiculicemos cuando los expresan. No les gusta que nadie se ría de sus manifestaciones de afecto, ni que se elucubre sobre sus posibles parejas.

Cuando lo que reciben son sólo risas o censuras, es fácil que, ya con cuatro o cinco años, hayan aprendido que cualquier tipo de manifestación afectiva que implique “ser pareja” (besos, caricias especiales, tocarse, etc.) supone algo prohibido, o que es mejor no hablar de estos temas con los y las mayores.

Aunque sus prácticas suelen ser muy inocentes, es común que terminen haciéndolas a escondidas; no tanto para preservar su intimidad, sino para no hacer “enfadar” a las personas adultas. Esa diferencia de matiz se nota por sus risas, por no querer contar lo que estaban haciendo y porque son prácticas que destierran de sus juegos simbólicos cuando hay personas adultas acompañándoles.

Asimismo, se puede observar que en sus juegos simbólicos, algunos niños reproducen el lenguaje de la violencia para dominar a “su pareja”, probablemente porque imitan lo que han visto en casa o en algún contexto más o menos próximo.

Cuando esto ocurre, no es positivo tapar este tipo de cuestiones tachándolas como simples “cosas de niños”. Es importante hablar con ellos, preguntarles en qué consisten sus juegos y por qué actúan de un modo u otro, y escuchar con atención lo que nos dicen, darles a conocer modelos de parejas donde no existe el dominio o la discriminación y que son felices, hablar sobre el amor y las parejas, etc.

Preguntas y respuestas




9

- 
- ***Sus curiosidades***
 - ***Los mensajes contradictorios***

Las niñas y los niños, desde muy pequeños, muestran curiosidad en relación al cuerpo, el origen y las relaciones amorosas. La curiosidad infantil se transmite de muchas formas, a veces en forma de preguntas. Otras dudas no saben plantearlas de este modo y las muestran a través de gestos, expresiones o miradas, por ejemplo, tapándose los ojos con sus manos cuando ven un beso entre un hombre y una mujer.

Atender sus muestras de curiosidad, tanto si se expresan en forma de preguntas o en otras formas, es apoyarles en un proceso que les permite ir comprendiendo lo que les rodea. Más que dar respuestas, lo interesante es acompañarles en sus descubrimientos y curiosidades, facilitándoles la información que vayan demandando (tanto explícita como implícitamente) con franqueza, aceptando su proceso y la necesidad de oír una y otra vez la misma información; y sin perder de vista que las niñas y los niños están muy abiertos a lo que se les dice y no suelen tener ningún tipo de prejuicios.



Es necesario saber no sólo qué preguntan, sino desde dónde preguntan, qué sentido o significado alcanzan a dar a sus preguntas. Y, de este modo, saber, por ejemplo, que a veces no están buscando una respuesta que responda sólo a una necesidad intelectual, sino también a su necesidad de confianza, aceptación y seguridad; y que, en ocasiones, lo que buscan es poner a prueba la confianza que le merecen las personas adultas, si dicen la verdad o les engañan, etc.

Ello nos lleva a la necesidad de dar respuestas claras y verídicas que tengan en cuenta a la criatura como un todo, con sus necesidades intelectuales y afectivas (que van de la mano); respuestas que estén centradas en lo que preguntan y que sean dadas con cariño y sencillez y con un vocabulario adecuado.

Acompañarlos en este proceso es una oportunidad para que cada educador y educadora se replanteen su forma de entender la sexualidad y los límites entre lo sano y lo insano. El proceso educativo, cuando prima la escucha y la comunicación, transforma y hace crecer también a quien educa, es decir, le ayuda a consolidar aquellas actitudes que le hacen más humano o humana.

Sus curiosidades

9

Éstos son algunos ejemplos de preguntas o inquietudes infantiles que suelen darse en el periodo que va desde el año y medio a los seis años de edad:

Aunque es sano que niñas y niños vean demostraciones de afecto entre su padre y su madre, a algunos les cuesta aceptarlo; sienten celos, miedos o creen que se les está excluyendo. Asimismo, pueden preguntar: “¿Puede papá ser mi novio?”, “¿de mayor puedo casarme con mamá?”, “¿mi futuro hermanito podrá ser novio de mamá y yo de papá?”.

- Situaciones como éstas son propicias para explicarles que hay diversos tipos de vínculos afectivos entre las personas, que no es lo mismo ser “novios” que ser “hija o hijo”, pero que ambos vínculos son muy importantes.

Detrás del “¿por qué se besan?”, “¿cuánto quiere mamá a papá?”, “¿por qué dos personas se hacen novios?” está el interés por saber qué significa ser “novios” y qué es el amor.

Estas preguntas son una oportunidad para hablar sobre:

- La importancia de la comunicación y el intercambio afectivo.
- El placer que produce el contacto físico cuando hay cariño y ganas de estar juntos.
- Que dos personas empiezan un noviazgo cuando ambas así lo quieren y no cuando lo decide una sola.
- Lo bonito que es hacer proyectos juntos.

Preguntando “¿verdad que Pablo no puede ser novio de Juan?” o “¿pueden dos mujeres (o dos hombres) ser novias?”, niños y niñas intentan comprender las “restricciones” que existen para el amor.

- Es una ocasión para explicarles que los vínculos afectivos se establecen porque se desarrollan sentimientos a través de la comunicación, y que dos hombres o dos mujeres pueden llegar a quererse tanto o más que lo que se quieren papá y mamá.
- Se pueden dar ejemplos concretos de parejas homosexuales que conocen directamente o a través de la televisión, cuentos u otros medios; también se puede hacer referencia a los sentimientos que ellos y ellas sienten hacia las personas de su mismo sexo y las del otro sexo.

Situaciones como las de una tía que les visita mucho y que no tiene pareja pueden generar la inquietud sobre “dónde está su novio”.

Este tipo de cuestiones permite darles a conocer las diferentes posibilidades que existen en relación a las parejas:

- Es posible ser feliz teniendo o no teniendo pareja.
- Una pareja puede funcionar muy bien tanto con personas de distinto sexo como con personas del mismo sexo.
- Hay parejas a las que les gusta vivir juntas y otras prefieren vivir separadas.
- A algunas personas les hace ilusión casarse con sus parejas y otras no lo necesitan.

Frases como “este es mi novio”, “tú no me gustas, quien me gusta es aquella”, “cuando sea mayor me casaré con fulanito”; o también sus muestras de afecto como ir “de manitas”, disfrutar con el intercambio de caricias, hacer regalos a una niña especial, etc., nos dan cuenta de cómo interiorizan y viven el amor. Todo esto se evidencia sobre todo a partir de los cinco años y con mayor intensidad en las niñas.

- Ante este tipo de manifestaciones, es interesante estar ahí y mostrarnos en disposición de escuchar y atender cualquier duda o necesidad de hablar que ellos y ellas tengan sobre estos temas y de hacerles saber que se les toma muy en serio. Es importante también darles las palabras que van necesitando para expresar sus sentimientos y emociones, por ejemplo, celos, cariño o gusto.

Otras veces, este tipo de manifestaciones amorosas no son más que una imitación estereotipada de lo que se les dice o ven a su alrededor o en la televisión. Pueden llegar a decir: “no me gusta este niño porque tiene un padre que no tiene mucho dinero”.

- Estas afirmaciones son lo suficientemente explícitas como para comenzar una conversación sobre lo que es realmente importante para las personas, qué cosas hacen que las personas sean interesantes y cuáles hacen que sean merecedoras de cariño.

Preguntar “¿cómo era cuando yo estaba en la barriguita de mamá?” es un modo de querer acercarse al propio origen y a la propia evolución.

- Les encanta conocer todos los detalles sobre lo vivido en ese momento: las patadas que mamá podía sentir y papá escuchar, las “fotos” de las ecografías, cómo se relacionaba con mamá y qué comía cuando aún no había nacido, oír las palabras que mamá escribió en su diario o ver los tesoros que mamá guardó mientras estaba embarazada, saber cómo tocaba papá la barriga y qué le decía, etc.

Este relato puede dar pie para contarles también qué ocurrió cuando nacieron, qué hacían cuando eran bebés, qué cuidado recibieron, cuánto dormían y qué comían.

Muchas veces, relacionan la paternidad y maternidad, más que con un hecho biológico, con un hecho social, y hacen preguntas del tipo: ¿Es posible tener un bebé sin estar casados?

- No hace falta dar detalles técnicos, simplemente dar ejemplos de parejas que se quieren, no están casadas y tienen hijos o hijas; o de madres que han tenido su bebé viviendo solas.

La pregunta “¿de dónde vienen los niños (o las niñas)?” suele significar “por dónde salen”. Hoy en día, casi todos y todas saben que los bebés están en la “barriga” de su mamá hasta que nacen, lo que es un gran avance en relación a explicaciones de otros tiempos, pero piensan que salen también por la “barriga” (lo que es cierto, pero sólo en casos de cesárea).

En el momento que hacen una pregunta de este tipo ya están preparados y preparadas para entender la respuesta, de modo que es posible aclarárselo todo muy bien diciéndoles que:

- Normalmente, los bebés nacen por la vagina: se pueden mostrar dibujos y explicar que el ano no tiene nada que ver con “hacer” bebés. Si fuera necesario, habrá que desmitificar los

relatos sobre “la cigüeña”, “París” o “el portal”, y para ello siempre se les puede decir que éstos eran cuentos que les gustaban inventar a los abuelos y abuelas en el pasado pero que no tienen que ver con lo que realmente ocurre.

- Todas las criaturas nacen de una mujer, pero esa mujer no siempre es la madre que les ha criado y educado.
- Todas las criaturas, sean del color que sean y tengan el aspecto que tengan, nacen del mismo modo.

Para todo ello, es interesante hacerles partícipes del embarazo de alguien cercano: enseñarles las ecografías, decirles que han podido oír al bebé, explicarles cómo se va formando en el útero, etc.

A estas edades prima el pensamiento mágico, lo que les hace aceptar con facilidad que un bebé entró en la barriga de mamá sin más. Pero a veces sí se lo cuestionan y dudan, sobre todo cuando ya son algo más mayores (cinco o seis años).

- Cuando esto ocurre se puede explicar cómo unas células de papá se encuentran con unas células de mamá y que, para eso, el pene entra en la vagina. Es importante explicar que no ha habido un intercambio sólo de “semillitas”, sino también de afectos; y que los “juegos sexuales” no sirven sólo para tener bebés ni tienen que reducirse sólo a la introducción del pene en la vagina.

En ocasiones, niños y niñas entran en el cuarto de sus mayores y ven una relación sexual. Los gritos, gestos y posturas les pueden asustar y hacer pensar que se pegan o se pelean.

- Para prevenir este tipo de situación, además de enseñarles a tocar la puerta antes de entrar, un padre o una madre les pueden explicar que si alguna vez los ve en la habitación haciendo “juegos sexuales” es sólo eso, y nada tiene que ver con pegarse o hacerse daño, sino todo lo contrario, es una forma de expresar que se quieren mucho.

Los mensajes contradictorios

Las relaciones que niñas y niños establecen con personas adultas pueden suponer contradicciones en los mensajes relativos al cuerpo, la sexualidad, las relaciones y el propio sexo. Algunos de estos mensajes pueden llegar a ser incluso negativos o contraproducentes.

Junto a esto están los amigos y amigas que, en un momento determinado, pueden tener una influencia muy grande en sus planteamientos y que traen a sus debates lo que han ido aprendiendo en sus diferentes entornos familiares.

Algunos cuentos presentan imágenes que no se corresponden con la realidad y que les confunden, como puede ser la de un niño que sale a través de la barriga de su madre. También hay muñecas que imitan estar embarazadas y se abre su barriga para que salga el bebé.

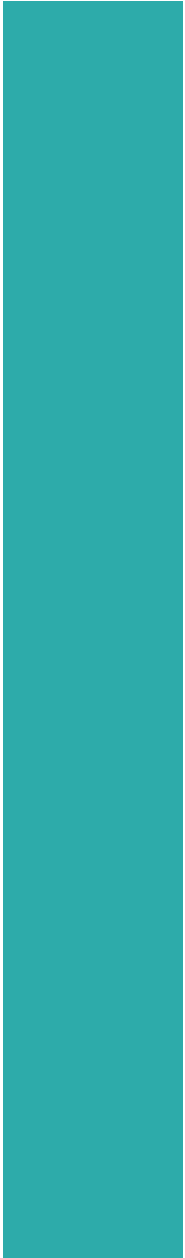
También está la televisión. Es un medio en el que las imágenes, las voces, el lenguaje y los contenidos transmiten mensajes que ayudan a conformar la representación simbólica que niñas y niños hacen de las cosas y las personas. De ahí la necesidad de controlar cada visionado, atendiendo a qué ven, cuánto tiempo, con qué beneficios, a costa de qué...

Con todo, es necesario aceptar que el entorno es como es y que los mensajes contradictorios son imposibles de borrar. Frente a todo ello, queda la opción de ayudar a los niños y a las niñas a reflexionar para que aprendan a discernir y elegir los planteamientos más sanos. Y sobre todo, no hay que olvidar lo más importante: a estas edades, el vínculo de apego y la calidad de la relación con cada persona adulta de referencia juegan un papel esencial en la aceptación o no de cada mensaje recibido.

Prevenir los riesgos

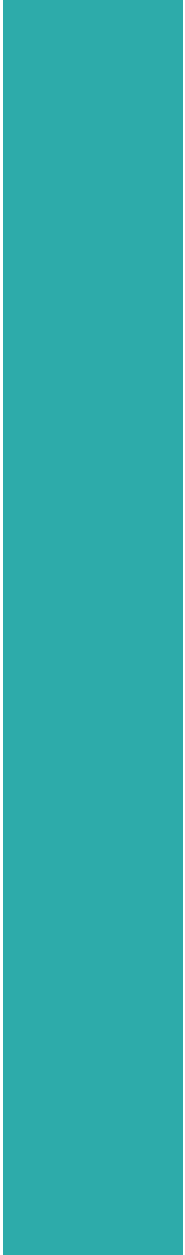


10

- 
- **Qué es el abuso sexual**
 - **Mensajes que ayudan a prevenir los abusos**
 - **El alarmismo no previene los abusos**

Tradicionalmente, la educación sexual se ha centrado en la prevención de riesgos, entendiendo además que los riesgos tienen que ver fundamentalmente con determinadas consecuencias que una relación coital puede suponer, como el embarazo o las enfermedades de transmisión sexual. Dejando fuera de la educación sexual los abusos sexuales de todo tipo.

En las últimas décadas se han hecho visibles las diferentes formas de abuso sexual que se dan en la infancia, lo que ha llevado a determinadas personas a dar más importancia a la prevención de este tipo de riesgos. Pero la educación sexual no debe reducir la sexualidad a algo negativo o peligroso del cual hay que salvaguardarse. De lo que es necesario protegerse es de la violencia y no de la sexualidad en sí misma. Prevenir que la violencia forme parte de la sexualidad infantil tiene que ver con todo lo que se ha ido planteando a lo largo de esta guía, porque a medida que aprenden a reconocer y desarrollar su sexualidad con libertad, aprenden a distinguir lo sano de lo insano y a no aceptar la imposición de conductas inadecuadas.



También aprenden a no reproducir conductas violentas en su relación con otras personas (y esto es especialmente importante en el caso de los niños).

En definitiva, la posibilidad de que un niño o una niña sufran algún tipo de abuso sexual está ahí, tanto en su presente como en su futuro. Prevenir este tipo de experiencias no puede ser el centro ni el objetivo principal de una educación afectivo–sexual de calidad, pero sí es un aspecto a tener en cuenta.

Qué es el abuso sexual

10

Son actitudes y comportamientos que una persona adulta o significativamente mayor que otra (generalmente de sexo masculino) tiene con una niña o un niño menor, con el objeto de su propia satisfacción sexual y, para ello, emplea la manipulación emocional, los chantajes o los engaños.

Cualquier relación sexual con menores en la que hay una diferencia significativa de edad siempre supone una asimetría que impide la libertad de decisión por parte de la criatura más pequeña, ya que la diferencia de edad implica experiencias diferentes, así como diferente madurez biológica y de expectativas.

Mensajes que ayudan a prevenir los abusos

Al igual que con todos los demás aspectos relacionados con su desarrollo sexual, también hay que hablar con claridad sobre la posibilidad de vivir abuso sexual cuando ya son algo mayores (cinco o seis años), sin asustar ni darle un protagonismo excesivo, ya que los mensajes más importantes están implícitos y explícitos en todo lo que se ha ido abordando en esta guía.

Es necesario explicarles que las relaciones afectivas y sexuales son muy bonitas cuando las dos personas están a gusto y haciendo aquello que quieren. Y que, cuando alguien, sea la persona que sea, les propone cualquier tipo de expresión afectiva o sexual que no les agrade (como un beso, una caricia o cualquier otro tipo de prácticas), no hay que hacerlo.

Hay que hacerles saber que si alguien les obliga a hacer algo que no quieren no tienen por qué esconderlo ya que no son culpables de nada, y que, además, los secretos y los juegos amorosos se dan entre personas que tienen más o menos la misma edad y no con mayores.

Es importante que sepan que si les pasa algo de este tipo, siempre pueden contárselo a alguna persona adulta en la que confíen especialmente. Y para no traicionarles, si alguna vez nos cuentan algo de este tipo, hay que creerles y tomarles muy en serio, ya que suele ser verdad, y además, difícilmente se imaginan prácticas sexuales inapropiadas para su edad.

El alarmismo no previene los abusos

Los abusos sexuales a menores son hechos que han permanecido impunes a lo largo de nuestra historia y, hoy en día, empiezan a reconocerse como una realidad que hay que afrontar y abordar. Ahora bien, este avance ha venido acompañado también de cierto alarmismo.

Hay mucho desconocimiento sobre los abusos sexuales en nuestra cultura. Esto lleva a que algunas familias malinterpreten determinadas actuaciones del profesorado y entiendan, por ejemplo, que un beso o una caricia es abuso. Aunque lo habitual es que las familias confíen en las maestras y los maestros.

Ante esto, algunas escuelas empiezan a sentir la necesidad de protegerse antes de que se les ataque o denuncie. Muchas manifestaciones de afecto empiezan a convertirse en un conflicto: ¿qué significados se le puede dar a que una maestra toque los genitales a un bebé para ponerle crema? ¿o que un niño toque el pecho de una maestra cuando se siente mimoso?

Todo ello está haciendo que el contacto físico de maestros y maestras con la infancia disminuya. También está sucediendo, en ocasiones, que, desde la escuela, más que en la prevención se esté trabajando para defenderse de las familias. Y que se esté fomentando realmente mucha confusión.

Es, por tanto, más necesario que nunca promover el intercambio y la comunicación entre familias y escuelas, para que niños y niñas no pierdan la posibilidad de desarrollar el contacto físico y la expresión de la afectividad con salud y sin violencia, tanto en casa como en la escuela.

10

Bibliografía

Educación sexual

- AAW.: *Programa de educación afectivo sexual*. Uhin Bare, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2000.
- ABENOZA GUARDIOLA, Rosa: *Sexualidad y juventud. Historias para una guía*. Ed. Popular, Madrid, 1995.
- BARRAGÁN, Fernando: *La educación sexual. Guía teórica y práctica*. Paidós, Barcelona, 1997.
- y Clara BRADY DOMÍNGUEZ: *Niñas, niños, maestros y maestras*. Diada Editora S.L., Sevilla, 1996.
- CARRO IGLESIAS, Ana y Rosa CUESTA LÓPEZ: "¿De dónde venimos?". *Cuadernos de Pedagogía*, nº 207, noviembre, 2001.
- DE LA CRUZ, Carlos: *Guía para trabajar en el tiempo libre la diversidad de orientación sexual*. Consejo de la Juventud de España, Madrid, 2001.
- : *Situaciones embarazosas. Claves para situarse y prevenir embarazos no deseados*. Consejo de la Juventud de España, Madrid, 2002.
- DIEZMA, Juan Carlos y Carlos DE LA CRUZ: *¿Hablamos de sexualidad con nuestros hijos?* Ceapa, Madrid, 2002.
- FERNÁNDEZ BEDMAR, Jesús: *Educación sexual en el aula y en la casa*. Proyecto sur de ediciones, 1996.
- FONT, Pere: *Pedagogía de la sexualidad*. Graó e ICE de la Universidad de Barcelona, Barcelona, 1990.
- GARCÍA CAMPOS, Luis: *La educación sexual, un marco para hablar de afectos*. Ceapa, Madrid, 1997.
- GIOMNI, Roberta y Marcello PERROTTA: *Programa de educación sexual (3-6 años)*. Everest, Madrid, 1998.
- HARIMAGUADA: *Carpeta de educación afectivo sexual*. Educación infantil 3-6 años. Guía didáctica del profesorado y Guía de formación de madres y padres. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias y MEC, 1994.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, Félix: *Educación sexual*. Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1990.

- LÓPEZ, Félix y Antonio FUERTES : *Para comprender la sexualidad*. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1998.
- SÁNCHEZ SANZ, Fernando y Manuela CASTAÑO GARRIDO: "Educación sexual. Aprender a vivir en la escuela". *Cuadernos de Pedagogía*, nº 313, mayo, 2002.
- S. CALDERONE, Mary y James W. RAMEY : *Cómo hablar con tus hijos sobre el sexo*. Editorial Juan Gráfica S.A., Barcelona, 1987.
- VEGA, Silvia: "Algunas reflexiones sobre la educación sexual y afectiva". *Revista IN-FAN-CIA*, nº 56, julio-agosto, 1999.
- WESTLEY, Ana: *Cómo se hacen los niños*. Grijalbo, Barcelona, 1992.

Infancia

- AA.VV.: *De recién nacido a compañero*. Colección Temas de infancia, educar de 0 a 6 años, nº 1, Centro de publicaciones del MEC y Associació de Mestres Rosa Sensat, Barcelona, 1993.
- AA.VV.: *Pensando la educación infantil*. La sala de bebés, Octaedro, Buenos Aires, 2001.
- CODINA, María Teresa: *Niñas y niños de 3 a 6 años y la escuela*. Colección Temas de infancia, educar de 0 a 6 años, nº 2, Centro de publicaciones del MEC y Associació de Mestres Rosa Sensat, Barcelona, 1993.
- EIRON, Dorothy: *Aprender desde muy pequeños*. Editorial Integral, Barcelona, 2000.
- FRANCO, Teresa: *Vida afectiva y educación infantil*. Narcea, Madrid, 1998.
- : "La educación afectivo sexual en el currículum de educación infantil". En M^a Carmen SAINZ y Javier ARCOS: *Educación Infantil. Contenidos, procesos y experiencias*, Narcea, 1998.
- IBÁÑEZ SANDÍN, Carmen: *El proyecto de educación infantil y su práctica en el aula*. 8^a ed. La Muralla, Madrid, 1999.
- IBARROLA, Begoña: "La educación emocional". *Revista IN-FAN-CIA*, nº 66, marzo-abril, 2001.
- PALAU VALLS, Eliseo: *Aspectos básicos del desarrollo infantil. La etapa de 0 a 6 años*. Ceac, Barcelona, 2001.
- RINALDO, Carla: "De madres y padres". *Revista IN-FAN-CIA*, nº 65, enero-febrero, 2001.

La diferencia sexual en la educación

- AA.VV.: *Educación en femenino y en masculino*. Akal, Madrid, 2001.
- AA.VV.: *Relaciona: una propuesta ante la violencia*. Instituto de la Mujer, Madrid, 2001.
- AA.VV.: *Educación en relación*. Instituto de la Mujer, Madrid, 1998.
- AA.VV.: "Tema del mes: la diferencia sexual en educación". *Cuadernos de Pedagogía*, nº 306, octubre, Barcelona, 2001.
- AA.VV.: "Sofías; Escuela y Educación: ¿Hacia dónde va la libertad femenina?". *Cuadernos Inacabados*, nº 43, Editorial Horas y Horas, Madrid, 2002.
- JARAMILLO GUIJARRO, Concepción: *Formación del profesorado: igualdad de oportunidades entre chicas y chicos*. Instituto de la Mujer, Madrid, 1999.
- MAÑERU MÉNDEZ, Ana: "Entrevista a Anna M^a Piussi: La diferencia sexual, más allá de la igualdad". *Cuadernos de Pedagogía*, nº 267, Barcelona, 1997.
- PIUSSI, Anna M^a y Letizia BIANCHI: *Saber qué se sabe. Mujeres en la educación*. Icaria, Barcelona, 1996.
- Recopilación bibliográfica sobre la diferencia sexual en la educación (1990-2000)*. Instituto de la Mujer, Madrid, 2001.

Otros

- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN: *El final del patriarcado (Ha ocurrido y no por casualidad)*. Pròleg, Barcelona, 1996.
- MURARO, Luisa: *El orden simbólico de la madre*. Editorial Horas y Horas, Madrid, 1994.
- RIVERA GARRETAS, M^a Milagros: *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Icaria, Barcelona, 1994.
- : *El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer*. Editorial Horas y Horas, Madrid, 1996.
- : *Mujeres en relación*. Icaria, Barcelona, 2001.

Aunque la violencia doméstica ha existido siempre, en los últimos años se ha producido una transformación simbólica que ha permitido hacer más patente que la violencia contra las mujeres es un hecho inaceptable. Los comportamientos violentos no pueden considerarse ya como pertenecientes al ámbito privado, sino que constituyen un auténtico asunto público, un problema de la cultura y de los valores que afecta al conjunto de la sociedad y que es necesario erradicar sin paliativos.

Esta Guía, a diferencia de otros manuales, no consiste en un repertorio de actividades para realizar en el aula y tampoco está dirigida a expertos en educación afectivo sexual. Por el contrario, desde una concepción de la enseñanza y el aprendizaje basada en el desarrollo integral, enfoca la práctica educativa contando con la sexualidad y la diferencia sexual e integrando los aspectos corporales, afectivos, cognitivos y relacionales de la educación sexual.

